

Celeste Flora

Juan García Llarrondo

*«Bastará siempre una flor en primavera
para que perdonemos a Dios»*

MARGUERITE YOURCENAR

«La improvisación sobre Innsbruck»

A mi padre

PERSONAJES

NARCISSE.

FLORA.

Escena I

«Narcisse»

La acción en Madrid, año de 1934.

Toda la obra se desarrolla en una sala gris y vieja. Ambientación de la época. En un lateral aparece un despacho y, sobre él, una pequeña lámpara, un teléfono y varias carpetas llenas de papeles: todos los enseres propios de una improvisada oficina dentro de una prisión de mujeres. A ambos lados de una ventana algo elevada, cuelgan de la pared un crucifijo y un retrato del presidente de la República Niceto Alcalá Zamora:

todavía podían convivir las múltiples Españas. Aproximadamente en el centro de la escena, se sitúan una pequeña mesa y dos sillas. Al fondo, en el lateral contrario, una puerta metálica, algo oxidada, es la principal referencia con el exterior.

La escena da comienzo cuando se ilumina solamente y de forma tenue la lámpara que está sobre el despacho. Sentada detrás aparece NARCISSE, que escribe una carta. El contenido de esta puede ser leído o, simplemente, escuchado por medio de una grabación previa que se oirá con naturalidad. NARCISSE es una joven psiquiatra francesa, apacible e inductiva, una investigadora racional, tremendamente inteligente y elegante. Durante toda la obra ella hablará el castellano, pero su acento debe ser inequívocamente francés, incluso su comportamiento. Aunque esta escena deba ser considerada como el tiempo presente de la acción, en escenas posteriores se evocarán momentos que pertenecen al pasado; y este cambio debe de apreciarse con claridad.

En un jarrón depositado sobre el despacho, yace un ramo de flores variadas; una pequeña representación de toda la FLORA...

NARCISSE.- (Lee y escribe una carta ya empezada. Por un momento, antes de volver a escribir, se queda pensativa.).. Hace dos días que no veo a Flora. Mañana, o quizás esta misma tarde, darán a conocer el veredicto definitivo. (Piensa.) Temo haber fallado, porque creo que dentro de mí hay algo de esa desdichada mujer que me importa. Ella es diferente, como ya te dije en una de mis anteriores cartas. La sociedad hablará o ha hablado por mí, lo cual debería llenarme de orgullo, ya que se trata, sin lugar a dudas, de todo un triunfo sin precedentes para el futuro de la Psiquiatría moderna. (En ese momento enciende un largo cigarrillo. NARCISSE fuma constantemente, haciéndolo con suma distinción. Continúa después leyendo lo que escribe.) Mi principal queja es que el avance de la ciencia tenga que generar también más muerte. Me tranquiliza pensar que esta guerra no es la mía, pero ¿acaso no es el egoísmo la peor de todas las guerras? (En ese instante, suena el timbre cascado del teléfono. NARCISSE se asusta, luego, reacciona y espera a que el aparato dé algunas llamadas más. Se desprende de unas lentes que llevaba puestas y se acerca al auricular.) Sí, soy yo. (En su gesto aparece cierto temor.) Sí. ¿Qué? (Sorprendida por una noticia conocida, esperada, pero también

amarga.) Pero, ¿por qué de esta manera?, ¿por qué tan deprisa? **(Pálida, se estremece y parece derrumbarse por momentos.)** No, pensaba regresar a París a principios de la próxima semana. **(Deseando colgar.)** Bien, muy amable. Adiós. **(Cuelga el teléfono, con cierto temblor, sin brusquedad. Apaga el cigarrillo y enciende inmediatamente otro. Su mirada está perdida, ausente. Extrae de su bolso una pequeña petaca de coñac y bebe con decisión. Observa la petaca con cariño, como si le evocara algún hermoso recuerdo del pasado. Luego, con una forzada frialdad, comienza a escribir de nuevo y a leer la carta. Se coloca otra vez sus lentes.)** En este justo instante acaba de llamar el doctor Castell. Ya ha ocurrido, ya todo está consumado. Se han dado prisa. Hemos vencido. El tribunal se reunió anoche, y esta mañana, muy temprano, se ha cumplido la sentencia. **(Se seca con los dedos unas lágrimas que se deslizan bajo sus lentes, aunque su rostro no parece cambiar de expresión.)** Creo que durante todo mi trabajo he intentado usar la razón, y creo que a ella he tratado de remitirme siempre. Pero ahora ignoro qué es lo que va a ser de mí. Hemos triunfado, André. **(El llanto acaba por apoderarse de ella. Lee y escribe impulsivamente, como si dentro de su mente se estuviera librando un combate atroz.)** No ha habido concesiones. La razón ha superado al sentimiento, igualándosele, creando una nueva vida, más plena. **(Sonríe, con un gesto agrio.)** Todas las revistas de Europa hablarán de nosotros, pero creo que, después de lo vivido, eso ya apenas me interesa. **(Vuelve a beber de su petaca, eso parece que la sosiega levemente.)** ¿Sabes?, hoy he aprendido algo nuevo sobre mí, sobre el género y la especie a la que pertenezco. Soy una mujer distinta, recién nacida de una extraña metamorfosis. Parece como si de mi vientre, de donde se origina la vida, hubiera crecido una nueva flor, quizás la flor que lleva mi nombre. **(Se detiene y mira durante un instante a su alrededor. Acaricia las flores que adornan su despacho. Espontáneamente, corta una de ellas y la retiene en su mano, mientras la huele. Luego vuelve a la carta.)** La muerte, como experiencia límite, es una de las escasas vivencias que nos provoca un cambio en el pensamiento. Creo firmemente que es en esas experiencias límites, en el silencio definitivo de la muerte o del amor, cuando surge una nueva realidad, un nuevo verbo, una vida nueva. Estoy segura, André. No tenemos ningún mérito. La gran triunfadora de todo esto ha sido la vida. **(Pausa.)** En Madrid, año de 1934. Tu frágil amante, Narcisse.

(NARCISSE pliega con lentitud el papel escrito y lo introduce en un sobre junto con la flor cortada que tenía en la mano. Mientras se va haciendo el oscuro, se oye una música evocadora, un alegre acordeón parisino.)

FIN DE LA ESCENA I

Escena II

«Hibiscus rosa-sinensis»

La música del acordeón enmudece precipitadamente. En ese mismo instante comienza a oírse, como lejana, una canción infantil de juegos cantada por niñas, y, si es posible, perteneciente al folklore vasco. Mientras la música crece se ilumina el escenario. La luz nos desvela a una mujer madura, de pelo corto, sentada en una de las sillas que está junto a la mesa. Es FLORA.

La presente escena ha retrocedido el tiempo en, acaso, un par de semanas, por lo que la decoración continúa siendo la misma. En el jarrón del despacho, algo más vacío y oscuro, se distinguen unas rosas rojas recién cortadas. FLORA cumple condena en una cárcel de mujeres de Madrid, ciudad en la que transcurre este drama. Su delito es haber dado muerte a cinco niñas, hace ya de esto más de un año, en su ciudad natal, San Sebastián. Está vestida con una simple bata oscura y, aunque quizás habría sido hermosa, poco rastro queda de aquel esplendor más que su carácter, una sensibilidad extrema y sus manos. Su futuro, si debe ser ajusticiada o no, depende de que sea declarada cuerda o demente por un delicado tribunal: la ciencia. De París ha llegado, hace apenas dos días, la doctora Narcisse Chérel, una brillante psiquiatra. Ella decidirá si FLORA está loca o no. Esta espera la llegada de alguien que desconoce. Inquieta, se levanta y examina la habitación. Observa si no viene nadie y, como una niña, se incorpora por la ventana, agarrada a las rejas, para poder ver así el exterior. Se sostiene en el aire hasta que ya no puede más y, emitiendo un gemido, se desliza por la pared hasta el suelo. Al incorporarse se duele en el pecho y descubre las rosas que están sobre el despacho. Levanta una y la huele con dulzura, con profesionalidad. Conviene saber que FLORA, a pesar

de no poseer tal título, es una extraña intelectual que ha dedicado casi su vida entera al estudio de la Botánica. FLORA, quizás, se merezca su nombre. Se oye el ruido metálico de unas llaves. FLORA deja la rosa en su sitio y, un poco asustada, vuelve a su silla. Se retoca como delante de un espejo invisible y adopta una postura elegante, casi teatral. Al abrirse la puerta, la música infantil se detiene en seco, y por el vano entra un rayo de luz roja. Tras él, NARCISSE. La puerta se cierra y la iluminación vuelve a quedarse como estaba. Ambas mujeres se observan durante un instante, llenas de preguntas o quizás de decepción.

NARCISSE.- (Siempre con su pronunciación francesa.) Hola. (Como si no hubiese sido correcto.) No sabía que estaba usted ya aquí, esperando. (Se queda mirándola, sin avanzar apenas.)

FLORA.- (Alegre.) ¡No se quede ahí, señorita! Esta silla de aquí debe ser para que usted se siente. (NARCISSE en silencio se dirige hacia el despacho y sobre él deposita varias carpetas llenas de papeles y su bolso. Su vestido, discreto pero elegante, es rojo, como su sombrero, a lo «Belle Époque». De una de las carpetas saca un expediente visiblemente manoseado, el de FLORA, también un pequeño cuaderno, en el que constantemente tomará notas.) ¡Cuántos papeles! Los periódicos y las secretarías están acabando con todo el papel del mundo. Algún día se acabarán los árboles, ya lo verá, y volveremos a escribir sobre barro, como los antiguos. Deberían aprovechar el papel, ¿no cree?

NARCISSE.- (Se coloca sus lentes y la mira con profesionalidad.) ¿Realmente le preocupan los problemas de la deforestación?

FLORA.- Sí, desde luego. Me extraña que me haga esa pregunta. (NARCISSE sonrío, algo incrédula, continúa ordenando sus papeles. FLORA, repentinamente seria.) Me preocupa hasta la más minúscula partícula en la que haya vida. ¡Lástima de arbolitos! Por cierto, ¿tendría, por casualidad, un pitillo?

NARCISSE.- (Dudándolo.) No... no fumo.

FLORA.- (Decepcionada.) ¡Ah! Pensaba que todas las mujeres francesas lo hacían.

(Se produce un largo cruce de miradas.)

NARCISSE.- Veo que ya sabe mi nacionalidad, por lo que supongo que el doctor Castell le habrá explicado todo, ¿es así?

FLORA.- (Rascándose.) Sólo sé que es una especie de excepcional investigadora de la mente, allá en su país, y que es usted la que va a decidir si estoy loca o no, si merezco continuar viviendo o, por el contrario, si merezco morir, ¿no?... **(Sacude la cabeza.)**... ¡Malditos piojos!... ¿Qué es lo que se siente cuando alguien se acerca tanto a Dios?

NARCISSE.- (Intentando ser pragmática.) No tengo el más mínimo deseo de parecerme a Dios. Soy médico. Trabajo para la ciencia. Y no soy ningún juez, sólo estoy aquí para examinarla, no para emitir un veredicto. **(Se dirige hacia la mesa del centro con una carpeta. Se sienta.)**

FLORA.- En fin, ¿y por dónde quiere que empiece?

NARCISSE.- (Eficiente.) Pues, no sé... ¿Por el principio, por ejemplo?

FLORA.- Evidentemente...

NARCISSE.- (Interrumpiéndola suavemente.) Hemos realizado varios cuestionarios, bastante simples, que pueden servirnos como guía. **(Le muestra uno.)** Este, por ejemplo. Según las respuestas, se halla un porcentaje que sirve para ir seleccionando algunos rasgos de su carácter que nos interesan y eliminando otros.

FLORA.- Sólo oirán lo que les sea más conveniente. **(Ríe.)** ¡Porcentajes!

NARCISSE.- Creo en la objetividad de mi trabajo, por eso lo hago.

FLORA.- (Como si no la hubiera oído.) ¿Cuál es su nombre?

NARCISSE.- (Tarda en responder, complaciente.) Lo siento, creí que... Mi nombre es Narcisse Chérel. **(Continúa su explicación.)** Le decía, que en estos cuestionarios hemos introducido algunas preguntas que están especialmente realizadas para un caso como el suyo. En Francia, hace ya a algún tiempo que se utilizan...

FLORA.- (En la misma actitud.) Sabe que yo me llamo Flora, ¿verdad? **(NARCISSE se detiene de nuevo, se desprende de las lentes y asiente con evidencia.)** Claro, desde luego que lo sabe.

NARCISSE.- (Imponiéndose suavemente.) Bien, Flora. Si le parece correcto, podríamos dedicar un tiempo de cada sesión para rellenar estos cuestionarios y, a continuación...

FLORA.- (Como sorprendida por una revelación.) ¿Se ha dado cuenta? ¡Las dos tenemos nombres relacionados con las flores! (NARCISSE **sonríe, un poco aturdida.**) ¡Fíjese! (**Señalando.**) Narcisse y Flora... (**El rostro de FLORA se transforma en una inquietante máscara trágica.**)

NARCISSE.- (Algo artificial.) Sí, sí... Ahora, por favor, ¿qué le parece si comenzamos por este? (**Le acerca un cuestionario.**)

FLORA.- (La observa fríamente, seria.) Me tiene miedo, ¿verdad?

NARCISSE.- (Profesional, amable.) En absoluto. Si estuviera asustada no estaría aquí. Pero... ¿por qué...?

FLORA.- (Sin dejarla terminar.) Sí, me tiene miedo, y supongo que asco también. No se lo reprocho.

NARCISSE.- (Objetiva.) Mire, Flora, la que parece tener miedo es usted. Relájese, por favor. No le voy a interrogar, ni pretendo hacerle daño. (**Sonríe.**) No tiene por qué imaginarse mis sentimientos en estas circunstancias. Yo no la juzgo, esa no es mi competencia. Mi tarea es la de analizar el porqué de su conducta, sus motivaciones. No aplico reglas morales; yo no decido lo que está mal o lo que está bien. Investigo las causas de su comportamiento. (**Pausa.**) ¿Entiende usted todo lo que estoy diciendo?

FLORA.- Ahórrese el esfuerzo... no estoy loca.

NARCISSE.- Pienso que estamos perdiendo un tiempo muy importante, ¿no le parece?

FLORA.- (Vuelve a sonreír, algo fingida.) Sí, olvidaba que tienen ustedes prisa. Perdona, no volveré a interrumpirla. Es que yo me pongo en su lugar y la entiendo...

NARCISSE.- Pues no debe hacerlo... Quiero que me conteste con sinceridad. En eso consiste esta experiencia que, no tengo que recordarle, es de vital importancia para usted. Tiene amigos influyentes y si no hubiera sido por esas personas tan diligentes, el gobernador no hubiera dudado ni un momento en firmar la sentencia de muerte. No es muy popular, ¿sabe? Al menos en San Sebastián, donde ocurrieron los hechos. Así que le ruego que,

mientras duren las sesiones, colabore como ha prometido. Hágalo en nombre de la ciencia que tanto ama. Todo irá mejor si hacemos nuestro trabajo como se debe hacer.

FLORA.- (Reflexiva, asiente.) Entiendo. Observo que lo tienen todo previsto. Sí, en nombre de la ciencia... ¡Qué pena de farsa! Verá... Si tuviera que complacer a esos buenos amigos que usted menciona, tendría que estar loca. **(Ríe, cínica.)** Así, el juez me salvaría del garrote vil y todos se quedarían felices. Pero yo me pasaría el resto de mi vida en un manicomio. ¿Para qué quiero vivir, entonces? **(Pausa.)** Además... ¡Si no estoy loca! ¿Cómo quiere que se lo diga?

NARCISSE.- Eso todavía no lo sabemos.

FLORA.- Y usted es quien tiene que decidirlo, ¿no?

(NARCISSE la mira con frialdad.)

NARCISSE.- Ya le he contestado a eso. Yo y el equipo médico del que formo parte sólo informaremos al tribunal de su estado psíquico.

FLORA.- ¡Qué laberinto tan terrible! **(Ante la inmutable expresión de NARCISSE.)** ¡Está claro que no les importo nada! No me gusta el uso que hacen ustedes de la ciencia. Si tantas prisas tienen, ahórrense esta comedia y mátenme de una vez. **(Violenta.)** ¡No estoy loca, así que ya lo sabe, lárgrese a Francia y déjeme en paz!

NARCISSE.- (Intentando la conciliación.) Demuéstreme que es una mujer normal. Colabore y rellene estos cuestionarios, conteste a mis preguntas y le prometo que la dejaré en paz.

FLORA.- (Mira a NARCISSE con desconfianza.) Quiere jugar, ¿no? **(Decidida.)** Está bien. Ya no volveré a interrumpirla. De nuevo le pido que me perdone.

NARCISSE.- No tengo que perdonarle nada. Cumplo mi trabajo.

FLORA.- (Imitándola, casi al mismo tiempo.) ¡Cumplo mi trabajo! **(Indolente.)** Ya me lo ha dicho. **(Se coloca unas gafas que extrae del bolsillo de su bata.)** Deme un cuestionario de esos.

(NARCISSE elige uno y se lo da.)

NARCISSE.- (Complacida.) Están ordenados por etapas, es decir, este, por ejemplo, abarca todo lo que tiene relación con la infancia, hasta los diez años. Son preguntas sobre su familia, su entorno y una serie de supuestos que irá respondiendo de la forma más breve y exacta posible. **(FLORA la observa.)** Si tuviera que añadir algo diferente, puede hacerlo al final de cada recuadro. **(Le señala.)** Aquí, ¿lo ve? Antes de cada sesión, rellenará uno y, así, sucesivamente.

FLORA.- Aquí dice, leo textualmente: «¿Durante su infancia hubo algún miembro familiar que le obligara a practicar actos deshonestos o sexuales?». Respuestas: «Sí, alguna vez». «Sí, de una forma sistemática». «No, no lo recuerdo». «No, en ningún momento» y por último: «No sé lo que eso significa». **(Se quita las gafas y la observa.)** Hay cosas que jamás le diría a nadie, señorita. No les interesa, créame. Hay instantes de mi intimidad que he guardado siempre en mis recuerdos y no pretenderá que los promulgue para que usted o cualquier investigadorcillo de turno haga hipótesis sobre ellos. Sólo responderé a las preguntas que considere que deba hacerlo.

NARCISSE.- (Firme.) No es posible, debe responderlas todas. Es indispensable que...

FLORA.- (Enfadada.) ¡Me niego! Las primeras quince preguntas están relacionadas con el sexo. No creo que antes de los diez años mi vida sexual fuera muy intensa, ¡qué desfachatez!, y mucho menos que eso les incumba.

NARCISSE.- (Pensativa, durante unos instantes. Consulta su informe.) Sin embargo, según indica su expediente, una de sus... alumnas, por decirlo de alguna manera, tenía nueve años, ¿me equivoco? Rosa García Ibáñez. En el mismo informe, más abajo, se observa que la motivación del crimen, como en los demás, pudiera originarse de una desviación sexual. **(FLORA se tapa los oídos y abre la boca como si quisiera gritar, pero sin conseguirlo.)** En otra de las niñas, esta de doce años de edad, el informe del forense especifica claramente que la niña había perdido la virginidad, quizás con un objeto punzante, lo que le provocó desgarramiento... ¿Quiere que siga? **(FLORA niega con la cabeza.)** Espero que comprenda que es importantísimo que conteste todas las preguntas del cuestionario, por extrañas que le puedan parecer.

FLORA.- (Se incorpora como si le hubieran clavado un puñal en la espalda.) ¡Rosita! **(Se vuelve a sentar, débil.)** Rosita... **(Se queda unos instantes como ausente, luego la mira con odio.)** Eso no ha estado bien por su

parte, señorita; eso ha sido un golpe bajo. **(Se siente derrotada.)** No contaba con la miseria ni la ignorancia de la gente. Jamás ocurrió nada de lo que insinúa. Pero supongo que no me cree.

NARCISSE.- Convéncame. Yo sólo dispongo de estos datos, los que me ha pasado la policía. (Pausa.) Estas preguntas han sido realizadas por diversos médicos, aquí en Madrid y en París; todas fueron especialmente diseñadas para estudiar su caso y, aunque no esté de acuerdo, relación con sus... **(Duda.)**

FLORA.- Con mis víctimas. No sea indulgente conmigo. He oído cosas mucho peores durante los interrogatorios.

NARCISSE.- (Autoafirmándose.) Sí, con las cinco niñas, todas ellas entre nueve y doce años de edad; a las que usted -según ha confesado- asesinó en su propia casa de San Sebastián, donde asistían a sus clases en los años 1931 y 1932. Puedo leérselo entero, ¿quiere?

FLORA.- (Con los ojos cerrados, le hace una señal para que no siga.) Conozco todo eso mejor que usted.

NARCISSE.- (Intentando imponer su voluntad.) Por favor, Flora. De usted depende que las conclusiones de estas sesiones sean satisfactorias. El doctor Castell ya le habló en su momento del contenido de los cuestionarios y usted le prometió su colaboración. Si lo hace, acabaremos en menos de una semana y ya no la molestaré más.

FLORA.- (Dulce.) Sí, es conveniente. Además, si nos vamos a ver todos los días, es mejor que nuestro trato sea lo más frío y práctico posible. Así no nos tomaremos afecto la una por la otra.

(NARCISSE abre los ojos atónita, luego le sonríe un poco sorprendida.)

NARCISSE.- Bueno... tampoco tenemos que comportarnos como enemigas.

FLORA.- Solían decir de mí que era muy cariñosa, pero ya veo que eso no me lo preguntan en el cuestionario.

NARCISSE.- En ese, desde luego, no. Aunque nunca he puesto en duda que lo sea. **(Sonríe.)** Podrá decirlo en otro cuestionario, o a mí.

FLORA.- (Le devuelve el cuestionario a NARCISSE, nuevamente dulce.) De acuerdo, de acuerdo. Responderé

a todo lo que quiera, pero óigame antes un momento, Narcisse. (**Pausa, la mira.**) Imagino que usted hará esto para saber, si cabe, algo más sobre la naturaleza humana. Todo eso me lo explicó el doctor Castell, que es un señor muy amable y educado. Sé que ustedes piensan que mi caso es extraño, sin embargo, yo no lo creo así. No pienso que el crimen y la demencia sean siempre realidades complementarias. (**Sufre.**) Haga lo que haga, mi condena, la pena que llevo dentro, es implacable y ya no me permite vivir más. (**NARCISSE la mira con viva atención.**) ¿Puedo levantarme? (**NARCISSE asiente.**) Estoy cansada de estar quieta. (**Se dirige a la ventana.**) En la vida que se sucede tras esa ventana, siempre habrá alguien dispuesto a lincharme, a vengarse por algo que no puede entender. Pero tampoco nadie lo ha querido comprender, ni policías ni amigos. Todos se han limitado a hacer «su trabajo», como usted dice, y no se imagina la tremenda desilusión que eso me produce. (**Pausa, mira las rosas.**) Está bien. ¿Sabe? Desde que supe que iba a venir me he preguntado cientos de veces cómo sería; y tenía curiosidad por conocerla... una joven científica francesa, deslumbrante, con unas acreditaciones extraordinarias... ¡Dios mío! ¡Qué halago para mí, que ni siquiera acabé mis estudios de Botánica! Aquí dentro no puedo tener conversaciones, usted ya me entiende, algo más elevadas; realmente, aquí adentro nadie me dirige la palabra. A veces sostengo largos monólogos con los piojos o las cucarachas. (**Ríe, amarga.**) ¡Hasta las propias presidiarias tenemos un código moral interno! ¡Una microsociedad que repite metódicamente todo aquello que repudiábamos y que nos hizo alejarnos de un mundo en el que no sabíamos vivir! Ya sabe, no es lo mismo ser una fulana que haber matado a cinco niñas. Me dicen la «vasca loca» o «la asesina de las flores». (**NARCISSE toma notas.**) No, aquí dentro no son muy agradables conmigo; lo comprende, ¿verdad? (**NARCISSE asiente con deferencia.**) Hace ya un año y seis meses que estoy aquí. Echo de menos muchas cosas... hablar con un amigo de algo intrascendental, por ejemplo; o las clases de literatura, preñadas del sol de la tarde que entraba por las ventanas del aula; las flores, los esquejes, las podas, sus olores y sus misterios... un mundo sin secretos y sin desconfianza que se enredaba en la verja de mi jardín... ¿Sabía usted que tenía un perro? (**Se emociona.**) Bueno, no sé qué habrá sido de él... cuando llegó la policía, me metieron enseguida en el furgón. Ya no he vuelto a ver nunca más mi casa, ni mi jardín... y el perro, no sé dónde estará. La policía dice que no sabe nada ni quiere saberlo. Quizás esté perdido o algo peor...

NARCISSE.- (Profesional.) Flora, por favor, no quiero ser desagradable, pero comprenda que disponemos de poco tiempo y, todavía hoy, tenemos que aclarar ciertas cuestiones imprescindibles...

FLORA.- (Recomponiéndose.) Sí, sí, ya lo sé, ¿a usted qué le importa mi perro? (NARCISSE **muestra cierta desesperación.**)

NARCISSE.- No, no es eso. Pregunte a sus amigos o a quien sea. Sinceramente, yo no puedo ayudarla con su perro, así que se lo ruego, vamos a dejar de hablar sobre eso y...

FLORA.- (La interrumpe.) ¿Está usted casada? ¿Tiene hijos?

NARCISSE.- (Sorprendida, no sabe si contestar.) Estoy casada, pero no tengo hijos.

FLORA.- Mi perro y mis flores eran mis hijos. Y ahora estoy tremendamente sola.

NARCISSE.- (Le entrega un cuestionario y un bolígrafo.) ¿Quiere rellenar usted misma el cuestionario o prefiere que la ayude?

FLORA.- (Simbólica.) Preferiría que me ayudase, aunque eso no supondrá ninguna diferencia. (**Pausa.**) ¿Es usted feliz?

NARCISSE.- (Algo airada.) Por favor, déjeme que sea yo la que haga las preguntas. Escriba ahora ese cuestionario.

FLORA.- (Insistente.) ¿Por qué no ha tenido hijos?

NARCISSE.- ¡Está bien! Si no colabora tendré que marcharme.

FLORA.- (Seca. Distante.) ¿Sí? (**Pausa.**) De acuerdo, está bien, márchese. Hoy no haré ningún cuestionario.

NARCISSE.- (Silencia su perplejidad.) ¿Quizás mañana, entonces? (FLORA **ni siquiera la mira.** NARCISSE **guarda silencio.**) No me parece muy adecuada su actitud; sin embargo, puede que mañana piense de otra manera, ¿no? (FLORA **permanece callada,** NARCISSE **se siente un poco defraudada profesionalmente, no de forma emocional. Se acerca a la puerta. Vuelve hacia su mesa y recoge sus papeles con lentitud, esperando alguna reacción.**) Muchos amigos de su difunto esposo nos han insistido en que está usted enferma. Quieren convencernos para que el tribunal la salve de la muerte. Sin embargo yo necesito estar

absolutamente segura, y sólo lo estaré si, tal y como ha prometido, se decide a colaborar. **(Pausa.)** No le tengo miedo, señora, y estoy dispuesta a escucharla. **(Fría.)** No he tenido hijos porque no necesitaba tenerlos. **(Se abre la puerta, por cuyo vano entra un rayo de luz blanca. FLORA parece no inmutarse. NARCISSE termina de recogerlo todo, pero todavía insiste una vez más.)** ¿Qué más quiere saber de mí? **(Silencio. FLORA está petrificada. NARCISSE inicia el mutis.)** Me ha hablado de sus flores, de su perro... estoy interesada en saber si de verdad es posible que sea capaz de sentir amor por todo eso. **(FLORA la mira con furia, siempre en silencio.)** Pero quizás prefiera hablar mejor mañana, ¿no? **(Se queda en pie, esperando una respuesta que no llega. Recoge sus cosas y se marcha. La puerta se cierra. FLORA se deja caer sobre la mesa y gime como una niña pequeña; mientras, lentamente, se va oscureciendo el escenario y crece el sonido de la flauta del afilador.)**

FLORA.- **(Susurra, entre gemidos infantiles.)** ¡Qué vestido tan bonito! ¡Qué elegante era el sombrero! Rojo como las rosas... como una rosa... Hibiscus Rosa-Sinensis... Rosa...

Rosita...

...Mi pequeña Rosita...

FIN DE LA ESCENA II

Escena III

Viola odorata

Se pueden oír, lejanas, las voces de unas niñas que cantan acompañadas con la misma melodía de la flauta del afilador que aparecía en la escena anterior. El escenario se ilumina tenuemente con una luz violácea, del mismo tono del vestido que llevará puesto NARCISSE cuando entre. Unas violetas han reemplazado ahora a las rosas que contenía el florero del despacho. En el centro, como antes, está sentada FLORA, escribiendo con disciplina su cuestionario. Por la puerta del fondo, al abrirse, entra un fuerte rayo de luz violeta, tras él, la figura recortada de NARCISSE. FLORA, que la ve, termina de escribir con rapidez.

Cuando se cierra la puerta la música puede desaparecer o continuar como una letanía. La luz vuelve a ser la habitual.

FLORA.- (Deferente.) ¡Ya está! **(Se lo muestra.)** Ya está terminado el cuestionario.

NARCISSE.- (Algo tímida, sonríe.) Estupendo.

FLORA.- Tome, véalo. **(Se lo da.)** Me he permitido apuntar en ciertas respuestas algunos matices que yo consideraba importantes. Supongo que no le importará. **(NARCISSE descubre que ha dibujado rostros de niñas.)**

NARCISSE.- (Objetiva.) No. **(Se sienta, deposita sobre la mesa su bolso y sus carpetas. Comienza a leerlo.)**

FLORA.- (Emocionada, humilde.) Los dibujitos los he hecho mientras pensaba algunas respuestas. Son flores.

NARCISSE.- (Poniéndose las lentes.) Está bien. Celebro su disposición.

FLORA.- Y yo que esté de nuevo aquí.

NARCISSE.- (Sonríe.) Por supuesto. Este es mi trabajo, y me gusta hacerlo. Todos, incluido el doctor Castell, naturalmente, deseamos continuar con las sesiones.

FLORA.- ¡Vaya! Parece que soy bastante importante, ¿no?

NARCISSE.- Eso parece.

FLORA.- (Ríe, la observa.) Usted me cae bien; me gusta su nombre y su acento francés... Narcisse... **(Pausa.)** Yo adoro París. A veces, en las clases de literatura, cantábamos alguna canción en francés. A las niñas les encantaba.

NARCISSE.- (Extrae de su bolso un periódico doblado.) Hoy salimos las dos fotografiadas en el periódico. No sólo es importante, también es famosa. **(Se lo ofrece.)** ¿Quiere verlo?

FLORA.- (Lo abre con expectación.) No sé qué decir. **(Se observa en la foto.)** Siempre ponen la misma foto. Estoy junto a mi marido, pero a él le han cortado, ¿ve? **(Se lo muestra.)** Este brazo de aquí es el suyo. Nos tomaron esta fotografía hace años, cuando Elías publicó su último libro. Usted no ha salido muy favorecida, ¿verdad?

NARCISSE.- (Sonríe.) No, porque no lo estaba. Me tomaron la fotografía ayer, justo cuando salía de este edificio.

FLORA.- ¡Es cierto! Lleva usted el vestido rojo que traía ayer puesto. **(Se detiene y observa a NARCISSE.)** Aunque el color violeta le sienta bastante bien. **(Al observar su vestido, descubre súbitamente las violetas que están sobre el despacho. Se queda observando las flores un largo rato; en su cara aparece una sombra de desconfianza.)**

NARCISSE.- Esta mañana han llegado al hospital varias cartas interesándose por usted. El rector de la universidad le envía saludos y tiene hermosas palabras para su obra y la de su marido. **(FLORA parece no oírlo, absorta en las flores.)** Sus libros sobre Botánica sirven de estudio para muchos jóvenes investigadores. Es usted una intelectual, una mujer con profundos conocimientos, por lo que su caso es realmente interesante para todos los que tratamos esta rama de la Psiquiatría moderna.

FLORA.- (Preocupada.) ¿Le gustan las flores? **(Señala hacia el despacho.)**

NARCISSE.- (Las mira, restándoles importancia.) Sí, desde luego. **(Al notarla preocupada.)** ¿Por qué?

FLORA.- (Se siente avergonzada. Sonríe.) No, por nada en especial. **(Contenta.)** Me parece maravilloso que le gusten las flores.

NARCISSE.- (Volviendo a la conversación anterior.) La fama de su caso ha empezado a extenderse por muchos círculos científicos y culturales. Esto no parece que agrade mucho a algunos miembros del tribunal, según me ha transmitido sutilmente esta mañana el doctor Castell. Algunos siguen viendo en estas sesiones una excusa para salvarla de la muerte. No creen en la imparcialidad de nuestro equipo médico y temen que un caso así pueda sembrar un precedente jurídico; aún más cuando, cada día que pasa, es usted más popular. Algunos altos cargos están presionando al juez para que anule la posibilidad de un tratamiento psiquiátrico.

FLORA.- (Sonríe, cínica.) Soy como una especie de cerdo que ha de ser sacrificado. En nombre de la ciencia y de su egoísmo tengo que ser nuevamente torturada con cientos de preguntas y acosos sobre mi vida privada y, por otro lado, en honor de los pretendidos valores morales de una sociedad degenerada que no puede dejar sin un castigo ejemplar a una asesina como yo. El final, sin embargo, es el mismo: el cerdo tiene que morir. **(Pausa.)** Usted es una

persona ambiciosa. Todo esto le da popularidad y la llena de prestigio. Ahora, más que nunca, pese la oposición de algunos estamentos del país, usted puede convertirse en la heroína de todos los psiquiatras de París...

NARCISSE.- O acabar de celadora en el peor hospital que exista. Se equivoca, Flora. No hago esto para lucrarme. Existe una ciencia que puede hacer más explicables algunos rasgos de su conducta; que puede servir para ayudar a muchas personas que se hallan perdidas en el laberinto de sus mentes; que nos aclara cuestiones esenciales del comportamiento humano, que, hasta casi ayer mismo, podían ser tachadas de enfermedad incurable o de brujería. Usted cultivaba flores y experimentaba con ellas con el fin de hacer un mundo más hermoso. Ese es también mi fin, el afán de mi trabajo; investigo para que haya en el mundo más gente feliz. ¿Es eso un acto de vanidad para usted?

FLORA.- (Tarda en responder.) Desde luego que sí.

(Pausa. Las dos mujeres se quedan calladas, en busca de una salida.)

NARCISSE.- En cualquier caso, de lo que se trata en estos momentos es de que la sociedad entienda que no es usted un fenómeno, sino una persona enferma, con una sintomatología que la Psiquiatría puede y debe explicar.

FLORA.- (Contrariada, sonrío.) Las flores son seres vivos mucho más sencillos, no tienen problemas mentales. Es curioso, la humanidad está sometida a todo tipo de contradicciones. Ahora, los investigadores, parece que se acuerdan de mí, pero antes, cuando vivía mi marido, yo sólo era para ellos su eficiente esposa. Si no hubiera ocurrido lo de las niñas nadie me habría recordado. Llevo más de treinta años trabajando y observando las flores y las plantas. Pero Elías y yo abrimos una academia con la que impartir clases particulares y sobrevivir. En este país, la investigación independiente es una especie de utopía, y la oficial, una catástrofe. ¿A quién le importan las flores? Durante años mis manos se han ennegrecido a fuerza de tenerlas todo el día metidas en la tierra. Hacen falta semanas para que nazca la vida de una semilla o de un injerto, en cambio, miles de flores son pisadas o arrancadas en el mundo cada día con una preocupante voracidad. Yo he creado vida a cambio de nada y también eso es vanidad, aunque la sociedad no me lo haya agradecido. A lo sumo, entre ellos el rector de la

universidad, algunos pensaban de mí que yo era, además de la esposa, la secretaria del licenciado Elías Hurtado De Leániz. **(Pausa.)** Yo, tan sólo he tomado cinco flores y, sin embargo, parece como si, al hacerlo, toda la vegetación del mundo la hubiera destruido yo.

NARCISSE.- (Analítica.) ¿Piensa que las personas son como las flores?

FLORA.- Por supuesto que sí. El narciso, con toda su voluptuosidad, significaba para los antiguos el símbolo de la muerte prematura, ¿lo sabía? Sí, Narcisse. Todos los seres vivos somos como flores, flores vivas, efímeras y muertas.

(Se produce un largo silencio. NARCISSE toma notas.)

NARCISSE.- (Comprensiva.) Es una deducción interesante, pero quizás algo... **(Duda)**, algo... literaria, ¿no cree?

FLORA.- (Ríe, imponente.) ¿Literaria? ¿Para usted todo es así de sencillo? **(Solloza. Golpea la mesa con los puños.)** ¿Acaso piensa que no me asusta morir?

NARCISSE.- (Por un momento no puede decir nada.) Nada de esto me es indiferente. Tengo mis propios problemas, como usted, y unos principios que lucho día a día por seguir sin permitir que me destruyan. No se obsesione por saber mi opinión sobre usted... Lo que pretendo que entienda es que debemos ir centrándonos cada vez más en lo principal. Puede hablarme abiertamente sobre su vida, sus sensaciones, pero no sobre las mías. Comprenda que, lamentablemente, tenemos el tiempo en contra nuestra...

FLORA.- ¡En contra mía! Ustedes no tienen nada que perder.

NARCISSE.- Está obstinada en que me llene de prejuicios y no lo voy a permitir. **(Intenta esquematizar su mente.)** Las dos sabemos lo difícil que es para una mujer ejercer en determinados trabajos que, tradicionalmente, han sido desempeñados por los hombres. **(Pausa. Deja de tomar notas y se quita las lentes.)** Las dos sabemos también lo que significa trabajar para la ciencia, lo que supone ser una investigadora racional. Mi función es la de sentarme delante suya sin pensar en las madres que perdieron a sus hijas, sin detenerme a juzgarla, sin convertir un diagnóstico médico en un melodrama... Sé que no le agrada tanta impersonalidad, pero es que sólo

puede ser así. **(Pausa.)** Usted misma habla de ciertos procesos químicos para el tratamiento de algunas plantas en uno de sus libros, pues todo esto es básicamente igual...

FLORA.- (Algo entusiasmada.) ¿Ha leído mis libros?

NARCISSE.- (Perspicaz.) Naturalmente. Su estudio «Los Géneros del Reino Vegetal» y sus ensayos sobre hibridación natural son extraordinarios. Ha realizado un trabajo admirable.

(FLORA se ruboriza.)

FLORA.- (Aún nerviosa, se levanta y se desplaza por la habitación con las manos en los bolsillos.) Señora Narcisse, no es que no la entienda. **(Pausa.)** Discúlpeme, pero es que estoy agotada, trastornada de tantas preguntas, interrogatorios... ¿Sabe cuántas veces me han preguntado lo mismo y de manera distinta? **(Acaricia con lentitud una de las paredes hasta que llega a la ventana.)** Mi muerte es una cuestión de tiempo... y estos últimos momentos son vitales para mí. **(Habla ahora con rapidez.)** Escúcheme, por favor, le propongo un trato. Puedo rellenar esos cuestionarios sin que esté usted delante, quiero decir que... en fin, que durante estos instantes usted puede venir y dejarme que le hable, que le comunique lo que siento. **(Se aproxima hasta las violetas, las toca con suavidad.)** ¿Qué le parece si...?

(NARCISSE asiente.)

NARCISSE.- Continúe, Flora.

FLORA.- Probablemente no me entienda. Aquí dentro me siento tan sola... Necesito hablar, comunicarme... **(Quiere decir algo pero no sabe muy bien cómo hacerlo.)** Hay algo en usted que me desconcierta y que, por otro lado, me atrae enormemente... Su nombre, por ejemplo. ¿Por qué, precisamente, tenía que llamarse Narcisse? Es... es como una metáfora, una nueva transformación para la flor que más adoro... **(NARCISSE toma notas.)** Quizás no me esté explicando como debiera y esté imaginándose ahora cualquier...

NARCISSE.- (Muy interesada, la interrumpe.) ¿Qué tiene que ver mi nombre en todo esto? ¿Qué es exactamente lo que está tratando de decirme?

FLORA.- (Acercándosele, sumisa.) ¡No lo sé!. ¡Oh Narcisse! Créame, por esa flor que lleva en su nombre y por todo, por mi muerte y por su vida, le juro que no soy una mujer enferma, y, sin embargo, desde la lucidez de mis ojos, usted se me antoja como el último ángel que ha venido a anunciarme que no soy yo la equivocada, sino el mundo de los demás. Acaso mis palabras le parecerán absurdas, propias de una paranoica como todos creen que soy; nada más lejos de la realidad, pues mi voz es la de una mujer desesperada. Escúcheme, deme una oportunidad. **(Se sienta y le toma la mano.)** Se lo ruego, Narcisse.

(NARCISSE duda un instante, luego se suelta con delicadeza. Se produce un largo silencio. FLORA, a pesar de sentirse avergonzada, aguarda una respuesta.)

NARCISSE.- (Reflexiva.) Como ser humano sólo puedo invitarla a que sea sincera conmigo. **(Entusiasmada.)** Como profesional le estoy ofreciendo algo mejor.

FLORA.- (Aún más desesperada.) ¡No! Se equivoca. No quiero ni la comprensión ni el interés de la ciencia, ¿es que no se da cuenta? ¡Le estoy pidiendo ayuda!

NARCISSE.- (Herida. Intenta no extralimitarse.) Lamento no poder disponer de más tiempo, pero en estas circunstancias, la única compañía, el único estímulo que puedo ofrecerle es el profesional. **(FLORA la mira con dolor.)** ¿Por qué no quiere comprenderlo? Lo único que necesito es elaborar un dictamen sobre su estado mental, abstraer o intelectualizar sus experiencias concretas, pero no puedo hacer una investigación correcta basándome exclusivamente en los sentimientos. El análisis de la mente...

FLORA.- (Casi suplicante.) Por favor... sólo le pido que me oiga, que me atienda, sin estructuras ni acotamientos. No puedo perder lo poco que me queda de vida en una simple enumeración de hechos.

NARCISSE.- Pero es que es precisamente eso lo que tenemos que hacer.

FLORA.- (Dulce.) Contemplando una flor se puede leer en cada pétalo el más profundo misterio de la vida. No soy ninguna retrasada mental, pero me resisto a conceptualizar todo lo que soy en un cuestionario. Le seré más útil si me escucha, si me permite que le exponga lo que siento, sin

prisas, sin la necesidad de una amistad, sin el breve espacio de un pliego de papel. (NARCISSE **mueve la cabeza con impotencia.**) Piense, por un momento, en su labor como investigadora. ¡Yo soy una asesina! ¿Acaso desea una experiencia más concreta? (**La psiquiatra empieza a sentirse molesta.**). ¡Aproveche esta ocasión, sírvase de mí, publique en su informe lo que le dé la gana, me da igual! Yo ya estoy muerta. No tiene por qué sentirse afectada, ni siquiera tiene por qué participar... No sea mi amiga pero, se lo suplico... ¡Escúcheme!

(NARCISSE **está muy nerviosa. Rebusca torpemente en su bolsillo y finalmente extrae de él una pitillera. Toma un cigarrillo y lo enciende con desesperación. Después, le ofrece tabaco a FLORA, que lo toma agradecida.**)

FLORA.- (Entusiasmada.) Gracias. Creí que usted no fumaba.

NARCISSE.- Ya ve. Intentaba dejarlo. (**Silencio.**) Estoy escuchando.

FLORA.- (Sonríe.) ¿Desea saber algo en especial?

NARCISSE.- (Piensa durante unos instantes.) Sí. ¿Por qué lo hizo?

FLORA.- (Ríe con severidad.) Desde luego, no se anda usted por las ramas. ¿Le importa que no le hable de usted?

(NARCISSE **le hace una mueca de indiferencia.**)

NARCISSE.- (Colocándose sus lentes, comienza de nuevo a tomar notas, con profesionalidad.) Está bien. ¿Por qué lo hiciste?

FLORA.- (Oscura.) No sé.

NARCISSE.- Matar a alguien es algo que debe ser justificado, ¿no?

FLORA.- Existen tantos matices como formas de matar. (NARCISSE **ríe y se muestra incrédula.**) ¿Acaso no has necesitado, no has pensado aunque fuera por un solo momento...?

NARCISSE.- (Segura.) No, no, no, no, no... ¡Nunca! Yo no he deseado jamás matar a nadie. Ni por placer ni por odio. ¡Vamos, Flora! ¿Acaso necesitabas matar a esas

niñas para sobrevivir? (**Transición. NARCISSE está dispuesta a tomar notas, muy profesional.**) ¿Tanto daño te hacían?

FLORA.- No... no has entendido nada. Lo que quiero decir es que no creo en el sistema en el que vivo, no que no asuma la responsabilidad de eso que vosotros llamáis «mis crímenes». Quiero decir que no hay nadie que tenga derecho a juzgarme, porque no reconozco a ningún otro tribunal que no sea la naturaleza. (**Baja la voz.**) No soy una inadaptada, Narcisse, es que nunca he tenido la más mínima intención de adaptarme. Son cosas bien distintas. Estoy cumpliendo un castigo que no necesito, que me ha sido impuesto por una autoridad que no tiene ningún derecho sobre mí. La penitencia de mis pecados ya me la ha dado la vida y se está engendrando en mí. (**Posa sus manos sobre su pecho.**) Y estoy dispuesta a aceptarla con resignación, con alegría y sin oponer resistencia. Todos vamos a morir algún día, y eso está grabado en nuestra razón y en nuestros sentimientos desde que venimos al mundo. (**NARCISSE quiere hablar, pero opta por callarse, o quizás no encuentre ningún argumento.**) No me mires así, no estoy loca. Es que ni pienso ni vivo como tú.

(Breve silencio.)

NARCISSE.- Perfecto, me parece perfecto. (**Con cierta ironía.**) ¡Qué lástima que te haya tocado vivir en una sociedad civilizada, con normas, derechos y todas esas tonterías! ¿Verdad?

FLORA.- No me trates como a una idiota. ¿Tan perfecto te parece el mundo en el que vives?

NARCISSE.- Evidentemente no, pero...

FLORA.- Todo está corrompido. Este es un mundo lleno de incongruencias, de injusticias, de crímenes terribles solapados por una miserable oficialidad. Yo he investigado la continuidad de la vida a través de las flores y heme hoy aquí, juzgada y rechazada. No creo en nada, ni en nadie. No pueden exigirme ni una sola explicación, porque todo es una gran mentira.

(Silencio. NARCISSE medita.)

NARCISSE.- Bien, de acuerdo. (**Toma notas.**) No asumes tu culpa, Flora. Rehúyes las preguntas directas y careces de motivos o razones claras que justifiquen la muerte de las niñas. Lo siento, pero hasta ahora, sigo sosteniendo que hay un gran problema en tu interior...

FLORA.- ¡No me escuchas! (**La mira.**) Para que lo entendieras tendría que vaciarte, borrar lo que hay en tu mente y, luego, sembrar tu corazón en una tierra limpia y nueva.

NARCISSE.- (**Sabiamente la atrae hacia su terreno.**)
¿Y por qué yo?

FLORA.- (**Se vuelve bruscamente y mira a la psiquiatra.**) ¡Júrame que es Narcisse tu nombre verdadero y te las explicaré! Prométeme que todo esto no es un truco, un reclamo para algún extraño experimento y, si es cierto, te responderé la verdad a cualquier pregunta que me hagas. (**Pausa.**) Usted no se llama Narcisse ni Narcisa, ¿no es cierto?

NARCISSE.- (**Breve silencio.**) Sí, Narcisse es mi nombre. Y también sé lo que significa para ti. (**Ambas mujeres bajan los ojos.**)

FLORA.- ¿La eligieron por eso?

NARCISSE.- No, desde luego. Pero no le niego que era un punto en mi favor. Te prometo que es cierto.

FLORA.- (**Cabizbaja. Vuelve a sentarse.**) Está bien, ahora márchese, se lo suplico. Quisiera estar sola.

NARCISSE.- (**Insistente, alegre.**) ¿Qué es eso Flora?
¿Volvemos a tratarnos de usted?

FLORA.- Sí... ¿No quería guardar las distancias? Lo ha conseguido con creces, la felicito. Es usted toda una profesional.

NARCISSE.- (**Seria.**) Dicho así, puede parecer un insulto. (**Pausa.**) De todas formas, ha prometido responderme con la verdad a cualquier pregunta que le haga. ¿Lo hará?

FLORA.- (**Recuperando fuerzas.**) Quiere saber por qué lo hice, que le diga, al menos, una razón que pueda ser probada científicamente, ¿no es eso?

NARCISSE.- (**Suave.**) Sí.

FLORA.- (**Se incorpora y pasea silenciosa por la sala.**
NARCISSE sufre, siguiéndola con la mirada. **FLORA** se

detiene muy cerca de la psiquiatra.) ¿Sabe usted la historia del mito de Narciso?

NARCISSE.- (Decepcionada, se desespera.) ¡Por favor! ¡Volvemos a perder el tiempo!

FLORA.- (Segura.) ¿La conoce?

(En ese mismo instante se abre la puerta, entra un haz de luz que separa a ambas mujeres, a cada lado de la escena, estas se miran fijamente, hasta que NARCISSE reacciona y comienza a recoger sus carpetas.)

NARCISSE.- Bien, bien, bien... **(Contrariada.)** ¿No hemos avanzado mucho, verdad?

FLORA.- (Toma del brazo a NARCISSE y la detiene.) Respóndame. ¿Conoce el mito de Narciso? ¿Sabe por qué se convirtió en flor?

NARCISSE.- (Violenta.) ¡Porque se amaba demasiado a sí mismo! ¿Y ahora qué es lo que quiere?

FLORA.- Nada. Sólo contestarle a su pregunta.

NARCISSE.- (Casi en la puerta.) ¡Está bien! Hable, ¿por qué lo hizo?

FLORA.- (Pausa. La mira dulcemente.) ¡Por amor! ¡Maté a esas niñas por amor! **(Dulce, sonrío.)** Y ahora dígame cuál es la ciencia que explica eso. **(Susurrante.)** ¡Ninguna! Ninguna.

(NARCISSE la mira un poco desconcertada y se marcha en silencio. FLORA se dirige nuevamente hacia la ventana y allí aguarda a que vengan por ella, encendiendo un cigarro de la pitillera de NARCISSE.)

FLORA.- ¡Violeta! **(Pausa. Comienzan a oírse, de nuevo, las voces cantantes de las niñas jugando.)** ¡Hoy ha venido vestida de violeta! **(Ríe.)** Mañana veremos qué color, qué flor es la que decide. **(Se sienta, continúa sonriendo.)** ¡Hoy ha venido vestida de violeta! ¡Violeta!

(Lentamente, desaparece la luz hasta el oscuro, mientras crece la música, pero antes, aunque sea con muy poca luz, debe apreciarse en el rostro de FLORA una mueca de gravedad.)

FIN DE LA ESCENA III

Escena IV

«*Hydrangea hortensia*»

Antes de que la luz del despacho se encienda, por la ventana puede penetrar un rayo de luz azul. Cuando la lamparita se ilumina, aparece la figura de NARCISSE, que escribe una carta mientras fuma. Sobre la mesa, están sus carpetas, el bolso y las mismas violetas de la escena anterior. Puede oírse alguna música que evoque el Madrid de la época.

Sobre la mesa del centro, una maceta de margaritas que, curiosamente, son idénticas al vestido de NARCISSE.

Cuando se abre la puerta, entra la presa con una fuerte luz blanca a sus espaldas. La iluminación vuelve a ser la normal. Desaparece la música. FLORA agarra los cuestionarios con ambas manos y se detiene frente a la mesa, observando la maceta como una niña pequeña ante un pastel.

FIN DE LA ESCENA IV

Escena V

«*Leucanthemum vulgare*»

No se produce ninguna interrupción entre la escena anterior y la presente. Puede comenzar a oírse la misma melodía infantil que, hasta el momento, se ha utilizado en el resto de la obra.

NARCISSE.- (Observa a FLORA, absorta en la maceta.) ¿Te gusta? (FLORA la mira.) Es para ti.

FLORA.- (Tremendamente emocionada. No sabe qué decir.) ¿Para mí? (Ríe nerviosa.) ¿En serio? ¡Es preciosa! (Suelta los cuestionarios sobre la mesa y se acerca la

maceta al pecho, como si fuera un bebé, con suma delicadeza.) Gracias, muchísimas gracias.

NARCISSE.- (Bromea, intencionadamente.) Bueno, sólo son unas margaritas. Pero vas a tener que arreglarlas un poco. En la entrada han manoseado la tierra del tiesto, no se fían de nadie.

FLORA.- (Seca.) Es natural.

NARCISSE.- (Algo contrariada.) Sí. **(Pausa. Las dos mujeres hablan al mismo tiempo.)** ¿Has hecho los cuestionarios?

FLORA.- He traído los cuestionarios... **(Ambas mujeres sonrían por la coincidencia. FLORA se los entrega, observando el vestido de la doctora.)** Aquí los tiene. Podemos continuar, si quiere.

NARCISSE.- Sí, claro.

FLORA.- (La interrumpe.) Y hoy lleva un vestido muy bonito. **(Por el estampado.)** Las florecillas son margaritas también, ¿no?

NARCISSE.- (Mirándose.) ¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

FLORA.- (Extraña.) Leucanthemum vulgare.

NARCISSE.- ¿Qué?

FLORA.- Leucanthemum vulgare. Es el nombre que los botánicos damos a la mayor de las margaritas. **(Acaricia las flores de la maceta.)** Estas son bastante parecidas. Sin embargo, con las flores pasa igual que con las personas. Por mucho que se asemejen, nunca son perfectamente iguales.

NARCISSE.- (Pausa.) Está bien. Quiero, de alguna manera, pedirte disculpas por lo de ayer. Creo que te debo una explicación.

FLORA.- ¡No! No me debe nada.

NARCISSE.- Desde luego que sí.

FLORA.- ¿Ahora ya le importa lo que piense de usted? Eso es ridículo.

NARCISSE.- Bueno, no se trata sólo de eso. Hemos pasado toda la mañana hablando de ti. El equipo médico está muy interesado en ayudarte. **(FLORA comienza a reírse.)** Sé que no me crees, pero... en fin, no debería decirte esto, todavía no hemos llegado a ningún diagnóstico, ni es que esté en nuestras manos salvarte la

vida. Ya sabes que si, finalmente, el equipo puede demostrar que eres una enferma mental, te conmutarían la pena y tendrías la posibilidad de ser internada en un buen hospital. Con una buena terapia, lo suficientemente adecuada a tus características, tendrías la posibilidad, ¿por qué no?, de curarte con el tiempo...

FLORA.- (Ríe desmesuradamente. Se detiene con brusquedad.) ¿Qué tipo de terapia? **(Seria.)** Me inyectarían todos los medicamentos que se les ocurriera, experimentarían conmigo hasta que me reventaran y, después, me aplicarían todas las descargas eléctricas que considerasen «adecuadas», hasta que ya no me acuerde de nada, ni de quién soy ni de por qué estoy aquí. ¿Acaso cree que ignoro cómo tratan ustedes a los paranoicos? **(Ríe.)** No tienen que curarme de nada, porque no estoy enferma; dígaselo así a su equipo médico.

NARCISSE.- (Aparentemente preocupada.) Suponía que dirías algo así. **(Piensa.)** Estás enferma, pero no puedes reconocerlo porque es la enfermedad la que te lo impide. Has pasado dos exámenes médicos y, en este sentido, han sido satisfactorios. Hay muchos precedentes de enfermos sanados. La paranoia no se ve, vive en tu mente, escondida en tu subconsciente...

FLORA.- (Ríe. La mira con dureza.) Si dice una sola palabra más, le tiro la maceta a la cabeza.

(NARCISSE, petrificada, se asusta.)

NARCISSE.- ¡No seas injusta!

FLORA.- ¿Que no sea qué? **(Se incorpora. Suelta la maceta sobre la mesa. Cínica.)** ¡Me parece encantador por su parte! Dele también las gracias al doctor Castell. Por cierto... ¿el doctor Castell lo es de verdad o es también policía como usted? **(NARCISSE no da crédito.)** ¡Ya estoy cansada de que me engañen, de que me traten como a un bicho raro cuando, en realidad, estoy rodeada de monstruos! ¿Qué es lo que están investigando ahora? Ya estoy en la cárcel; las niñas ya están muertas, y yo ya no puedo matar a nadie; pues bien, ¿qué buscan? ¿Es que quieren volverme loca de verdad o están haciendo méritos para un ascenso?

NARCISSE.- (Dolida.) Pero, ¿qué estás diciendo? ¿A qué viene ahora ese drama de víctima incomprensida? **(Nerviosa, se dirige hacia su bolso, saca varios documentos y, en el frenesí, deja caer algunas cosas de**

su interior al suelo.) ¡Mira! (Se le acerca airada.) ¡Compruébalo, maldita sea! Esta es mi cédula, esta es la autorización... ¿lo estás viendo? ¿Quieres algo más? ¿Necesitas más referencias? Y no pienses tonterías, pues no son falsos. Mi nombre es Narcisse, soy psiquiatra y no tengo por qué demostrártelo. (Pausa. FLORA se sienta y se lleva las manos a la cabeza.) No te entiendo.

FLORA.- ¿No me entiende? El primer día, vino con un vestido rojo, como las rosas; ayer, violeta; hoy, con margaritas... ¡Lo está haciendo a propósito para martirizarme!

NARCISSE.- (Aturdida.) ¿Qué?

FLORA.- Y mañana, será Azucena y al otro Jacinta... ¿Por qué no es sincera de una puñetera vez? No más juegos ni más mensajes indirectos. ¿Qué tipo de tortura me están aplicando? (Comienza a llorar.) Si en el fondo es lo que quieren, ¿por qué no me dejan morir con mi culpa en paz?

NARCISSE.- (Silencio, piensa y actúa con frialdad, hasta que descubre el enigma.) Rosa, Violeta, Margarita... Sólo son nombres de flores...

FLORA.- (Llorando, la mira.) ¡Pues claro! ¿Me va a negar que lo sabía? ¡Hipócrita! (Se dirige violenta hacia la maceta, destrozándola mientras grita y llora.) ¡Esto es una mierda! ¡Todo es una gran mierda! ¡Yo soy la asesina de las flores!... Rosa, Violeta... Margarita, Azucena, Jacinta... ¡No hace falta que me martiricen más ni que me recuerden que las niñas tenían esos nombres! ¡No lo he olvidado ni siquiera durante un sólo instante! (Levanta la maceta y la estrella contra el suelo.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (Se derrumba, llorando amargamente.)

NARCISSE.- (Está nerviosa, pero reacciona con seguridad, con experiencia.) Sí, ¡claro que lo sabía! Sabía que las niñas tenían todos nombres de flores. (Se dirige hacia ella e intenta incorporarla.)

FLORA.- ¡No me toque!

NARCISSE.- (Insistente.) ¡Vamos Flora, tranquilízate! ¿Cómo no iba a saberlo si estaba en tu informe? Por supuesto que yo conocía ese dato. (Fraternal.) Vamos Flora, escúchame por favor. También sé que mi nombre es el nombre de la flor que más admirabas, pero no ha sido ningún truco.

(FLORA parece no hacerle caso. Solloza mientras recoge las margaritas mutiladas por el suelo.)

FLORA.- (Recogiendo margaritas y llevándoselas hacia el pecho.) ¡No!.. ¡Me ha mentado desde el principio!

NARCISSE.- Por favor. (Se arrodilla frente a ella; FLORA la observa contrariada. Mientras, la psiquiatra le ayuda a recoger la tierra de la maceta.)

FLORA.- ¿Qué haces? ¡Levántate!

NARCISSE.- (Sonríe.) ¡Por fin dejas de hablarme de usted!

FLORA.- (Contrariada.) Levántese, se lo suplico.

NARCISSE.- (Cariñosa, la coge por las manos con suavidad, en donde tiene las margaritas.) Mi nombre es Narcisse... Narcisa se dice en español, ¿no? Y no hay ningún truco en todo esto. Desde que he llegado, era eso lo que quería decirte, pero tú no me has dejado.

FLORA.- (Todavía alerta, compungida.) Pero los vestidos... y su nombre...

NARCISSE.- ¿Mi nombre? (Ríe.) ¡Nunca me gustó mi nombre! Y en tu lengua es aún más horrible. (Las dos mujeres comienzan a reírse arrodilladas en el suelo.) ¡Vamos, levántate mujer!

FLORA.- (Incorporándose.) ¡Pues a mí me parece un nombre maravilloso!

NARCISSE.- ¿Cómo has podido pensar que yo sea policía? (Pausa.) Estás aterrorizada, ¿verdad? (Silencio.) Es normal que padezcas una crisis nerviosa de espanto, pero te aseguro que un tratamiento adecuado...

FLORA.- No quiero oír ni una palabra más sobre el tema. Puede que esté nerviosa, desde luego, como para no estarlo, pero no soy una demente.

NARCISSE.- No se trata sólo de eso, pero deja ya de barrer y atiéndeme.

FLORA.- Enseguida acabo.

NARCISSE.- Creo que no es bueno que hagas esfuerzos...

(Silencio. FLORA se detiene y la mira.)

FLORA.- Supongo que eso también lo sabe, ¿no?

NARCISSE.- ¿Lo del pecho? Sí. Y también sé lo de las pesadillas, lo de la caída del pelo y lo de tu obstinada actitud en no tomar ni tan siquiera unos analgésicos. ¿Acaso eres una especie de mártir?

FLORA.- ¡Cuánto sabe! **(Ríe amarga, mientras termina su tarea.)** Me estoy enmoheciendo, es verdad.

NARCISSE.- ¿Cuánto tiempo llevas con el tratamiento?

FLORA.- Desde que ingresé en esta prisión he dejado de tomarlo. Si estoy todavía viva será porque aún no estoy mustia del todo. En total, desde que lo sé, llevo unos cinco años tratándome.

NARCISSE.- (Solidaria.) Pero, ¿y el dolor?

FLORA.- Vivo con él. **(Descubre en ese momento unas fotografías que, bajo la mesa, se habían caído del bolso de NARCISSE. Se agacha y las recoge, mientras le contesta.)** La última vez que me revisaron me comunicaron que lo que queda puede resolverse en meses; un año, quizás. **(Observa las fotos.)** ¿Entiende por qué prefiero morir ya a morir recibiendo descargas en un manicomio?

NARCISSE.- (Sorprendida por su frialdad, la mira con admiración; descubre que tiene en sus manos unas fotos.) ¿Qué son?... **(Cae en la cuenta de que son suyas.)** ¡Huy! Se han debido caer antes del bolso...

FLORA.- Un montón de hombres y usted, la única mujer, ¿no?

NARCISSE.- Es el año de licenciatura. Pero bueno, deja de hablarme así. Tutéame, parece como si no nos conociéramos.

FLORA.- (Se queda con las fotos y se sienta frente a ella. NARCISSE espera que se las devuelva, inútilmente.) Tú me conoces, según veo, perfectamente. En cambio, yo a ti no. Mi vida entera está resumida en un brevísimo informe que, imagino, ya te sabrás de memoria. Conoces unos veinte renglones de mi infancia; conoces los nombres de mis padres; los detalles de mi vida matrimonial; sabes que amo las flores y que las niñas... **(Se detiene.)**..En fin, lo de sus nombres. Lo sabes casi todo de mí, pero yo no sé quién eres. **(Sigue viendo fotos. Le muestra una.)** ¿Tu marido? **(NARCISSE asiente.)** Es realmente atractivo.

NARCISSE.- Sí. Estudiamos, trabajamos y vivimos juntos. **(Se queda un instante pensativa, luego sonrío. FLORA la mira con malicia.)**

FLORA.- ¿Le has sido infiel? **(NARCISSE tarda en responder, luego, avergonzada, lo niega con un gesto.)** Pues deberías serlo. Si habéis estudiado lo mismo, no tiene nada nuevo que enseñarte. **(Ríe.)** Además, el sexo debe ser una experiencia maravillosa.

NARCISSE.- (Ríe también.) «¿Debe ser?».

FLORA.- (Simpática.) ¿He dicho eso? **(Hace gestos de arrepentimiento, exagera. Le muestra otra fotografía.)** ¿Y esta señora tan seria?

NARCISSE.- (Sonríe, amarga.) Es mi madre. **(Le arrebató las fotos con suavidad y las guarda. Le ofrece un cigarrillo a FLORA, que acepta con agrado.)** Antes... cuando llegué, intentaba decirte también algunas otras cosas. **(FLORA le presta una atención casi escolar.)** Verás... A partir de hoy, vamos a darle una prioridad absoluta al contenido de las sesiones y no a los cuestionarios. En cierta forma eso era lo que tú querías desde el principio, ¿no?

FLORA.- No voy a fingir que estoy loca, porque no es verdad.

NARCISSE.- (Convincente.) No, no se trata de eso. Necesito que me hables de ti. Háblame de todo lo tuyo, de tu mundo interior, de tus anhelos, de las flores que cultivabas y de sus propiedades... cualquier cosa...

FLORA.- ¿Y no quieres que te hable de las niñas?

NARCISSE.- (Iluminada.) ¡Claro, por supuesto, por supuesto!

FLORA.- (Ríe enigmática.) ¡Dios! Ya no sé qué pensar. **(Pausa.)** De todas formas, dará lo mismo, ¿no?

NARCISSE.- No te entiendo.

FLORA.- (Sincera.) Ya no sé si todo esto es o no es mentira. El primer día no querías oír más que mis respuestas a tus preguntas y, sin embargo, ahora... Hasta flores me regalas...

NARCISSE.- Bueno, es lo mismo que al principio, sólo que ahora hemos decidido avanzar con otro método porque tú misma pareces encontrarte más relajada de esta manera. Se trata, simplemente, de llegar más adentro, de profundizar...

FLORA.- (Mirándola.) No quiero sufrir inútilmente.

NARCISSE.- (Pausa.) Escúchame, no quiero que por mi culpa te niegues a aceptar esa posibilidad. Si quieres, no es necesario que sea yo la que haga las sesiones; puede venir cualquier otro médico del equipo, el propio doctor Castell, si lo prefieres.

FLORA.- No quiero que te vayas. Ni tampoco quiero que venga ninguna otra persona. Está bien así.

NARCISSE.- Entonces, ¿puedo contar con tu colaboración?

FLORA.- (Seria.) No te prometo nada. Ya te he dicho que de todas formas al final dará lo mismo.

NARCISSE.- (La observa.) Hemos preparado una nueva sesión para mañana. Será diferente, pero también la definitiva. Nos han dado sólo 48 horas más. Puede que sea algo dura. La hemos confeccionado especialmente el doctor Castell y yo. Tendrás que estar preparada, ¿me oyes?

FLORA.- (Casi ausente.) Imagino que sí.

NARCISSE.- Bien, eso espero. **(Silencio.)** Flora...

FLORA.- ¿Qué?

NARCISSE.- ¿Me estás escuchando?, ¿en qué piensas?

FLORA.- (Sonríe.) En tu vestido... y en Margarita. **(Pausa.)** Era una niña cándida y libre, una niña preciosa como nunca había visto a ninguna otra. Ella me decía que quería salir en las revistas cuando fuera mayor. Confiábamos la una en la otra como si siempre hubiésemos sido amigas. **(Seria.)** Pero no le gustaban las flores...

NARCISSE.- Como a ninguna de las otras, ¿verdad?

FLORA.- (Lamentándolo.) Sí.

(En ese instante, se abre la puerta. NARCISSE se incorpora y comienza a recoger todas sus cosas. Cuando termina, se acerca a FLORA, que continúa perdida en sus propios pensamientos.)

NARCISSE.- (Apoyándole la mano sobre el hombro.) Volveré mañana. Ahora descansa, ¿de acuerdo?

(FLORA asiente con gratitud, sin mirarla casi.
NARCISSE se marcha. FLORA se queda sola. La
iluminación desciende lentamente.)

FLORA.- A Margarita no le gustaban las flores. Le gustaba ver su cara reflejada en el puente que cruza el río Urumea. La primavera la llenaba de granitos y el polen le hacía estornudar sin cesar. (Se oyen, lejanas, las voces cantantes de unas niñas.) A ninguna de mis niñas les gustaban las flores, pero a Narcisse sí... (Agarra las margaritas. Se incorpora y las introduce en el florero del despacho, junto a las violetas.)

OSCURO TOTAL. FIN DE LA ESCENA V

Escena VI

«Jasminum officinale»

Cuando vuelve la luz, NARCISSE ya está en escena. Prepara una especie de escenografía, que será parte de la sesión. En los extremos de la sala y en forma circular, va colocando dibujos que representan a las niñas (Pueden ser los mismos que hizo FLORA, pero ampliados.) Cada uno de ellos irá iluminado, si se cree conveniente, por un cenital que se encenderá en su momento. Desplaza la mesa un poco del centro del escenario, para dejar en él solamente una silla que deberá ser usada por FLORA. Sobre la mesa del despacho, su bolso y sus carpetas. En el florero, las mismas flores del día anterior y, cerca de él, una jarra con agua. Se ilumina con más fuerza que antes la parte central de la escena. Cuando termina de colocar los dibujos, NARCISSE reemplaza las flores, ya mustias, por unos jazmines recién cortados, arrojando las otras a una papelera. Se abre en ese momento la puerta y por ella hace su entrada FLORA. La reclusa avanza despacio, sorprendida por la escenografía dispuesta por NARCISSE. Puede oírse, si se ve conveniente, alguna música.

NARCISSE.- Entra y siéntate aquí, por favor. (La acompaña hasta la silla; FLORA está un poco

asustada.) No te inquietes y relájate. Esto forma parte de la sesión que vamos a tener hoy. Supongo que te puedes imaginar un poco, ¿no?

FLORA.- Prefiero no hacerlo. Esto no parece que vaya a ser muy divertido.

NARCISSE.- (Amable.) No temas. ¿Quieres agua? **(FLORA niega con la cabeza mientras observa los dibujos. NARCISSE, en cambio, bebe un poco.)** Me han dicho que no te lo dijera, pero hoy han llegado algunos amigos tuyos desde San Sebastián. Imagino que mañana podrás verlos.

FLORA.- (Sorprendida.) ¿Qué? ¡No! ¡No quiero ver a nadie! ¡No quiero que me vean así!

NARCISSE.- Vamos, Flora. Han venido desde muy lejos y, además, quizás tengan buenas noticias para ti.

FLORA.- (Emocionada.) No será algo sobre el perro, ¿verdad?

NARCISSE.- (Sonriente.) Algo de eso he oído, sí.

FLORA.- ¡Ay, mi pequeño «Jazmín»! **(Le brillan en los ojos un par de lágrimas.)**

NARCISSE.- (Curiosa.) ¿Jazmín? ¿Llamaste al perro «Jazmín»?

FLORA.- Fue Elías quien le dio ese nombre. **(Se limpia con un pañuelo las mejillas mojadas.)** ¡Santo Dios! ¡Cómo lo echo de menos!

NARCISSE.- (Hábil) ¿A quién? ¿A tu marido, o al perro?

FLORA.- (Sonríe, dolida.) A los dos por igual. Cada uno a su forma, han sido los únicos compañeros que he tenido en esta vida.

NARCISSE.- (Le acerca un jazmín que extrae del florero.) Toma. Esta vez la sorprendida soy yo. **(Sonríe.)** Te prometo que no sabía el nombre de tu perro.

FLORA.- (Agradecida, huele la flor.) ¡Jazmín! ¡Qué fragancia tan extraordinaria! Gracias. Ha sido una coincidencia maravillosa.

NARCISSE.- (Consulta su reloj.) Bien, tenemos justo el tiempo necesario. Antes de empezar voy a explicarte un poco en qué consiste el cuestionario y la sesión de hoy. Necesito que estés relajada, tranquila, y si en algún momento quieres parar, lo dices claramente. **(Pausa. Se sienta y extrae de sus carpetas varios folios en los que**

tomará notas.) Voy a hacerte una serie de preguntas breves y bastante directas. Quiero que las contestes de la misma manera. Algunas ya las habrás respondido en los cuestionarios; pero es igual, vuelves a contestarlas. No te extiendas si es innecesario, ¿lo entiendes?

FLORA.- Quiero parar.

NARCISSE.- (Ríe.) Si hay algo que no comprendas, lo dices igualmente. Es necesario que seas sincera, de lo contrario, nada de esto tendría ningún sentido. No pienses en mí, olvida que estoy aquí. Yo me colocaré al otro lado de la mesa. Es fácil, ¿no?

FLORA.- (Señalando la jarra de agua.) Es extraño. Huelo a alcohol. ¿Seguro que eso es agua?

NARCISSE.- (Se queda sin habla.) Sí. **(Saca del bolso una pequeña petaca.)** Toma, quizás lo prefieras. Es coñac.

FLORA.- ¡Desde luego! **(FLORA bebe y después lo hace NARCISSE.)**

NARCISSE.- Tienes un olfato extraordinario. Te dejo tabaco sobre la mesa. **(Lo hace.)**

FLORA.- ¿Y esos títeres? **(Señala a los dibujos.)**

NARCISSE.- Tómalos sólo como referencias. Como habrás observado, son cinco y pueden representar a las cinco niñas. Háblales a ellas si crees que puede servirte en algo.

FLORA.- ¡Qué estupidez!

NARCISSE.- Ignóralos entonces. **(Se sienta y comienza a tomar notas.)** Bien. ¿Desde cuándo sientes la angustia?

FLORA.- (Piensa.) Podría decir que no sé muy bien lo que es no sentir angustia. Imagino que desde la primera noche en que manché mi camisón con sangre. Ahora, dicen los médicos que me la produce no sé qué palabreja; el retiro, vamos.

NARCISSE.- Menopausia, ¿no?

FLORA.- Justamente.

NARCISSE.- ¿Te gustan los hombres?

FLORA.- ¿Quieres saber si soy una invertida?

NARCISSE.- No me hagas preguntas. Contesta, Flora.

FLORA.- Sí, desde luego. Me gustan algunos hombres.

NARCISSE.- ¿Te gustan las mujeres?

FLORA.- ¿En qué sentido?

NARCISSE.- En ese.

FLORA.- (**Piensa.**) Creo que no. No lo sé muy bien. A pesar de que la policía lo dio por hecho, yo lo negué durante los interrogatorios. Lo negué porque en ningún momento intenté nada con las niñas, ya sabes a qué me refiero. Cuando era una jovencita, a veces, me abrazaba con una amiga. (**Ríe.**) De pequeña, dormía con mi hermana. Supongo que ella fue mi primer amor.

NARCISSE.- El informe de la policía dice que, según los médicos que analizaron a las niñas, entre ellas había una que no era virgen.

FLORA.- (**Silencio.**) No les hice nada. Esa niña era Violeta y era su padre quien le hacía cosas horribles. (**Despacio y con lástima.**) Como ya le repetí cientos de veces a la policía.

NARCISSE.- ¿Te han violado alguna vez?

FLORA.- Muchísimas veces, pero nunca sexualmente.

NARCISSE.- Contesta con una sola palabra a las que te voy a decir. ¿Tren?

FLORA.- Viaje.

NARCISSE.- ¿Europa?

FLORA.- Mediterráneo.

NARCISSE.- ¿Flor?

FLORA.- Vida.

NARCISSE.- ¿Vida?

FLORA.- ¿Qué es esto? ¿Un juego?

NARCISSE.- Contesta. ¿Vida?

FLORA.- (**Contrariada.**) Flor.

NARCISSE.- ¿Padre?

FLORA.- Seguridad.

NARCISSE.- ¿Madre?

FLORA.- San Sebastián.

NARCISSE.- ¿San Sebastián?

FLORA.- Mar. Y también un mártir extraordinario.

NARCISSE.- ¿Mártir?

FLORA.- Inutilidad.

NARCISSE.- ¿Muerte?

FLORA.- Descanso.

NARCISSE.- ¿Parto?

FLORA.- Muerte.

NARCISSE.- ¿Sociedad?

FLORA.- Muerte.

NARCISSE.- ¿Dios?

FLORA.- Naturaleza.

NARCISSE.- ¿Fuego?

FLORA.- Pureza.

NARCISSE.- ¿Pureza?

FLORA.- Todo lo que no sea humano. Un perro, por ejemplo.

NARCISSE.- ¿Perro?

FLORA.- ¡Jazmín!

NARCISSE.- (**Toma notas. Tarda en preguntar.**)
¿Cuándo decidiste quitarle la vida a las niñas?

FLORA.- (**Tarda en responder.**) Nunca.

NARCISSE.- (**Silencio.**) ¿Por qué lo hiciste, Flora?

FLORA.- (**La mira. Pausa.**) Ya te lo he dicho. Por amor.

NARCISSE.- (**Muy seria.**) Explícame cómo pudiste matar a seis niñas por amor.

FLORA.- (**Pausa. Sin dejar de mirarla.**) Para... para estudiar una flor, siempre se determina, antes que nada, su orientación con respecto al eje de la rama principal. (**NARCISSE arroja la pluma sobre la mesa y apoya su cabeza sobre sus manos.**) Pueden ser simétricas o no, depende. Además, las diferentes partes de una flor también pueden ser libres. Pero las flores, algunas, a veces, pueden presentar anomalías...

NARCISSE.- Flora, por favor...

FLORA.- (**Sin detenerse, alza un poco la voz. Está nerviosa.**) La flor, como la mujer, tiene una fisiología

muy parecida y singular. (NARCISSE **la atiende absorta.**) Las flores respiran y transpiran, naturalmente, pero su función esencial es la de asegurar la reproducción de la especie por medio de sus órganos especializados. ¿Te das cuenta? Los hombres, como los insectos, aprecian en las flores su belleza, un determinado mensaje, sus aromas delicados y, sin embargo, ellas sólo están, sólo existen para que puedan seguir existiendo más cuando ya estén muertas. Algunas mujeres, por no decir todas, somos esencialmente lo mismo...

NARCISSE.- (La interrumpe.) ¡Está bien! ¡Está bien! Cambiemos de tema. Dime, ¿eres religiosa? ¿Crees en Dios?

FLORA.- (Enfadada, sigue hablando como si le hubiese molestado que la interrumpiera. No cesa de mirarla.) Mis niñas eran flores que aún no habían sido fecundadas. (NARCISSE **está muy atenta.**) Eran puras, como doncellas. ¿Me has preguntado si creo en Dios? Pues claro. ¡Por supuesto que creo en Dios! (**Enciende con furia un cigarrillo.**) Fue Dios el que me regaló esas flores para que yo las cuidara. ¿O también fue una casualidad que coincidieran en la misma aula cinco niñas con aquellos nombres tan hermosos? Azucena, Margarita, Jacinta, la ingenua Rosita, la triste Violeta, tan buena y obediente. (**Pausa.**) No, esas niñas, además de flores, eran ángeles puros que habían sido enviados por Dios para darle sentido a mi existencia. (**Transición.**) Gracias... Gracias a sus formas, a sus colores y a sus perfumes, las flores atraen a los insectos necesarios para su fecundación. Pero mis niñas no eran unas flores comunes, eran las flores de Dios, que él me había entregado para crear una nueva semilla, una naturaleza pura y una vida nueva. Pero Dios no eligió el mejor momento: me dio lo que más deseaba cuando aún no estaba preparada. (**Pausa.** NARCISSE **está atónita, incluso ha dejado de escribir.** FLORA **se incorpora y se dirige a uno de los dibujos, que se ilumina tenuemente. Le hace señas a NARCISSE.**) Quieres que te explique, ¿eh? (NARCISSE **asiente.** FLORA **observa incrédula el dibujo. Agarra uno, sin moverlo.**) La primera vez que me sentí alarmada fue con Azucena, era la mayor de todas. Un día llegó llorando a la academia. (**Lo evoca todo, como si lo viera.**) No quería hablar, ni moverse de su sillita. Yo ya tenía por las seis una predilección especial, aunque intentaba que las otras no lo notaran. ¿Sabes lo que le pasaba a aquella niña? (**Irónica.**) ¡Un horror, Narcisse! Una terrible calamidad. Había manchado su ropa interior con sangre por primera vez en su vida. Lo descubrí porque sólo a mí me lo dijo. (**Se emociona.**) Aquellas niñas sentían hacia

mí la misma devoción que se tiene hacia una madre o la misma confianza que se deposita en una amiga íntima. (NARCISSE **está muda.**) En cualquier caso, yo tenía que actuar rápidamente. Pensé miles de maneras, casi caigo enferma, buscando desesperadamente una solución para que aquello no siguiera. Azucena, la más alta de mis flores, se me escapaba, comenzaba a extinguirse. Era una especie de señal, un sentimiento nuevo; y lo peor de todo, es que llegaría un día en el que todas mis flores -mis crisálidas- se transformarían en sangrantes mariposas. (Solloza.)

NARCISSE.- (Tranquila. Con ternura.) Sigue, por favor.

FLORA.- Con Azucena me precipité. (Enciende un cigarrillo, intenta poner orden en su mente.) Sí, tuve que ser rápida. Todavía podía salvar en la niña un último aliento de pureza y por eso precipité las cosas. Bueno, tú ya sabes la historia. (Aspira con dureza el humo del tabaco, eso la hace toser.) Unos días más tarde, la invité a tomar un chocolatito calentito arriba, en mi habitación, porque mi casa está situada sobre la academia, que era la planta baja. Después de las clases, Azucena subió conmigo y se tomó el chocolate y unas tortitas inglesas que le gustaban mucho. En el laboratorio tengo una amplia variedad de productos que, debidamente mezclados, bueno, ya sabes... No sufrió, te lo aseguro. Se durmió como un recién nacido. La lavé y la enterré en el jardín. (Sonríe.) «Jazmín» me ayudó a hacerlo, excavando conmigo en la tierra. (Pausa.) Por... por cultivo, hibridación o selección de flores silvestres, los jardineros pueden obtener flores de los coloridos más brillantes, más variados. (Llora.) Con... con formas más graciosas, más caprichosas... y también se consiguen perfumes más sutiles. (Pausa.) El césped creció pronto y las primeras semillitas de azucenas enseguida comenzaron a brotar. La vida se generaba de la vida y me daba la razón. Todo aquello tenía un sentido, existía una luz después de una vida desperdiciada y de oscuridad. Imagino que Dios tuvo que tener esa misma sensación cuando puso, sobre la tierra en tinieblas, el primer organismo vivo del mundo. (Pausa. Ha dejado de llorar.) Afortunada o desgraciadamente, según el punto de vista del que se mire, las primeras sospechas no recayeron sobre mí. Ante la policía declaré que la niña se había marchado con las demás; y todos me creyeron. ¿Por qué iban a sospechar de mí? Yo era una mujer relativamente respetada y había llevado siempre una conducta intachable. No se les ocurrió mirar en el jardín. Sin embargo, mi tarea, el trabajo que Dios me había encomendado, no había hecho más que empezar. No había

ninguna duda, tenía claro cuál era la senda que debía seguir. Las cosas se pusieron entonces más difíciles. Los padres o las criadas venían ahora acompañando a sus hijas, por miedo a nuevas desapariciones. Pero Azucena, mi primera flor, crecía hermosa en el jardín, junto a las mimosas y las orquídeas. Esperé al año siguiente. El asunto se había olvidado un poco. El resto de mis flores se acercaba peligrosamente al momento de su primera regla. **(Tira el dibujo al suelo. Se dirige a los otros, que se iluminan progresivamente. NARCISSE la observa.)** Aquella tarde, leímos una joya de la poesía latina: el «Narciso» de Ovidio; aún recuerdo su final... «Reclinó él en la verde hierba la cabeza cansada,/ y la muerte cerró aquellos ojos que admiraban/ la hermosura de su dueño. Incluso entonces,/ una vez recibido en la morada infernal, se miraba en el agua Estigia. Lo lloraron/ las Náyades, sus hermanas, y se cortaron los cabellos/ como ofrenda en honor del hermano muerto; lo lloraron/ las Dríades. Responde Eco a sus sollozos./ Y ya preparaban la pira, y el blandir de las antorchas,/ y el féretro, cuando su cuerpo no aparecía/ por ninguna parte; en lugar de su cuerpo encuentran/ una flor amarilla con pétalos blancos rodeando su centro». **(Emocionada.)** Simbólico, ¿verdad? El Narciso era la flor que más amaba, pero nunca había conseguido que creciera en mi jardín. No es una casualidad que tú lleves ese nombre, porque también son el amor y la fuerza de Dios los que te han traído hasta aquí. **(Pausa. NARCISSE está a punto de llorar, pero no lo hará.)** Aquella tarde volvió la desesperación. Todos los actos de mi vida ya sólo perseguían el mismo fin. Jacinta, que quería ser actriz, leyó con mucha delicadeza la parte final de aquellos versos; y comprendí que se acababa de producir una nueva revelación. Esa misma tarde convencí a Jacinta y a Margarita para que subieran también a mi habitación; y allí las invité, nuevamente, a tomar chocolate calentito. El procedimiento fue el mismo. Soy una hábil podadora. Las enterré junto a las azucenas; y sobre sus cuerpos desnudos y limpios, planté margaritas y jacintos. Mi jardín se convertía en el Edén más extraordinario del mundo, con una exuberante flora celestial. Por fin se daba el encuentro y la unión perdida entre el hombre y la naturaleza, ofreciéndole a esta lo más puro de sí misma.

NARCISSE.- (Tras encender un cigarrillo, lo que le da seguridad.) Entonces, se complicó todo, ¿no?

FLORA.- (Oscura.) Sí. Fue terrible. Tenía que ocultar algo que era para mí lo más digno de cuanto había hecho a través de mi vida, lo más hermoso; mi mayor triunfo sobre la ciencia. Nadie lo iba a comprender; y lo sabía. Esta vez, la policía sí hizo preguntas más directas y lo registraron

todo. Todo, menos el jardín. Las niñas, como era de suponer, no vinieron al día siguiente, ni al otro ni al otro. Mi casa salió fotografiada en los periódicos de todo el país. Los padres vinieron a verme, destrozados, naturalmente. (**Atormentada.**) Y yo no podía decirles la verdad porque no lo entenderían y, además, porque aún no había terminado mi misión. Fueron los peores momentos de mi vida.

NARCISSE.- (Casi perdiendo su papel.) Y desde luego, también los de esos pobres padres.

FLORA.- Sí, pero era necesario...

NARCISSE.- ¡Por Dios, Flora!

FLORA.- Por Dios, sí, precisamente por Dios. Yo ya estaba bajo sospecha y tenía que actuar con rapidez. La gente que me conocía, comentaba y me miraba con desprecio. Los amigos dejaron de visitarme. Sin embargo, cuando más desesperada estaba, Dios volvió a darme una señal. Ante la falta de pruebas, las niñas retornaron progresivamente a la academia. El resto, ya lo sabes, como todo lo que te he contado. (**Comienza a arrugar los dibujos y a tirarlos por el suelo, con violencia.**) Rosa y Violeta subieron a mi habitación. (**Llora.**) A las tres se nos saltaron las lágrimas recordando a sus amiguitas muertas. La que más lloraba era Violeta, que me quería mucho. Me abrazaba con más fuerza que las demás. Yo conocía sus problemas en casa y sabía lo que su padre le hacía, igual que lo había hecho ya antes con su hermana mayor. ¡Ella fue quien me lo dijo unos días atrás! ¡Dios mío! Matar a esas criaturas era, al mismo tiempo, lo más grandioso y lo más terrible de mi vida. (**Llora.**)

NARCISSE.- (Vencida, solloza por fin.) Entonces, ¿por qué lo hiciste?, ¡maldita sea! ¡¿Por qué?!

FLORA.- (Grita, destrozada.) ¡Por amor! ¡Ya te lo he dicho! ¡Por el amor más grande del mundo; el amor de Dios! Del Dios que no aparta el cáliz y espera la muerte del hijo como signo supremo de amor, por la luz del mundo, por la vida del mundo...

NARCISSE.- (Sufre. Algo escandalizada.) ¿Por amor a Dios? ¿Y qué Dios es ese? No se puede culpar siempre a Dios. ¿Y si te hubieran matado a ti por amor?

FLORA.- Habría sido lo más hermoso que nunca nadie hubiera hecho por mí. (**Pausa. NARCISSE se derrumba en la silla, FLORA se dirige hacia la ventana, fría, casi ausente.**) Como hice anteriormente, las enterré en el jardín, convenientemente limpias. Parecían angelitos

dormidos, con sus pequeñas manitas sosteniendo un ramillete de damasquinas, las flores de los muertos. La más hermosa era Rosita, porque era la más pequeña, el querubín de mi jardín. **(Triste.)** Esta vez no dejaron que crecieran ni las rosas ni las hortensias ni las violetas, aunque había repartido sobre sus immaculados cuerpos varias semillas. La policía entró en el jardín; y ya se marchaban cuando, «Jazmín», tan juguetón como era, empezó a excavar la tierra recién movida y uno de los guardias lo advirtió. La policía destrozó el jardín antes de que yo tuviera tiempo para reaccionar. Todo estaba perdido. Dios me había utilizado y ahora me abandonaba para siempre. Desenterraron los cuerpos **(Con cierto cinismo.)**; y yo, gracias a Dios, me reafirmaba como el ser más mediocre de la Creación. Lo destruyeron todo. Mataron a todas mis flores y no hubo tribunal que lo impidiera. Ni los hombres ni Dios tuvieron piedad. Creía que habían matado al perro, porque sabían que era el único amigo que me quedaba. No era ese pobre animal el que me juzgaba, sino la ilimitada capacidad de dolor que emana de Dios.

NARCISSE.- (Secándose las lágrimas.) ¿Y todavía crees en ese Dios?

FLORA.- Desde luego que sí. El cielo y el infierno son el mismo sitio. **(Ríe.)** ¡Yo soy una mártir! **(La risa se transforma en tos.)**

NARCISSE.- (Débil, inicia su metamorfosis.) Flora... si yo... si yo hubiese sido una de las niñas de tu clase, por mi nombre, también me habrías matado, ¿no?

FLORA.- (La mira. Tarda en responder.) Sí, en aquel momento sí, para darte más vida. (Pausa.) Hubiera tenido todas las flores más hermosas en un solo jardín.

(Se produce un largo silencio. Ambas mujeres reflexionan.)

FLORA.- ¿Ya sabes todo lo que querías o vas a seguir haciéndome preguntas?

NARCISSE.- (Intentando seguir con normalidad.) Sí... quiero decir, no. **(Rebusca en sus papeles.)** ¿Has tomado drogas?

FLORA.- No.

NARCISSE.- (Ausente.) ¿Bebes alcohol?

FLORA.- No mucho. (**Largo silencio.** NARCISSE parece cansada.) ¿No hay más preguntas?

NARCISSE.- (**Visiblemente afectada.**) Sí, pero necesito parar; estoy mareada.

FLORA.- ¿Quieres parar? (**Pausa.**) ¿Precisamente ahora, que estás al borde del triunfo? Dios se divierte con nosotros, querida Narcisse. Te creía más fuerte. Parece ser que todo esto te afecta demasiado. Quizás seas demasiado débil para esta profesión. Las mujeres somos seres frágiles. A tu manera, también eres una mártir.

NARCISSE.- Que las dos seamos mujeres no quiere decir que tengamos que cometer los mismos errores.

FLORA.- Hasta ahora no te he dicho nada que no supieras ya. Somos más parecidas de lo que crees.

NARCISSE.- (**Estalla.**) ¡Basta ya, Flora! ¡Esto es demasiado!

FLORA.- ¿Demasiado? Déjame que te recuerde que has sido tú la que ha preparado todo esto. (**Grita, la provoca.**) ¡Vamos! ¡Destruyeme! ¿Qué más quieres saber?

NARCISSE.- ¡Cállate! (**Recoge incoherentemente sus papeles, parece rendida y con ganas de marcharse.**)

FLORA.- ¡Aprovecha esta ocasión, Narcisse! Hasta ahora, todo lo has hecho perfectamente, no lo estropees al final.

NARCISSE.- ¡Basta! ¿Qué es lo que estás haciendo?

FLORA.- ¡Lo que deberías de estar haciendo tú conmigo, maldita sea! (**Pausa.**) Te has intentado acercar a mí de todas las maneras posibles; me has despreciado; me has adulado; me decías que no querías oírme; y, sin embargo, eso era lo único que te importaba a ti y a todos los médicos que están detrás tuya. ¡Incluso flores me has regalado! Has sabido llegar hasta donde tú querías llegar, al centro de mi alma, ¡pues bien, ya estás dentro! ¿Acaso no te han enseñado a salir? ¿Qué ciencia es esa que tú dices que puede explicar mis decisiones? En el fondo tu ciencia es tan imperfecta como mi vida.

NARCISSE.- ¡Me estás haciendo daño!

FLORA.- ¿Acaso te has preguntado tú si me lo estabais haciendo a mí?

NARCISSE.- ¡No tengo por qué aguantar más!

FLORA.- ¡Pues hazlo! Terminemos con esto de una vez. Dime ahora todo lo que tengas que decir, porque mañana ya no habrá más preguntas, ¿lo oyes?

NARCISSE.- (**Se incorpora, furiosa.**) ¡Está bien! Si es eso lo que deseas, ¿quieres que te diga lo que pienso? ¿Quieres oír mi diagnóstico? ¿De verdad, lo quieres?

FLORA.- Durante estos días no he esperado otra cosa.

NARCISSE.- (**Insegura, descompuesta.**) Pues bien, creo que eres una paranoica; eso es... (**Se va hacia los dibujos, tratando de reconstruirlos. FLORA la observa, nerviosa.**) Tú me hablas de amor, como si el amor justificara una acción tan horrible como el asesinato. ¡Estas niñas están muertas! ¡No son flores! Eran seres humanos a los que tú les arrancaste la vida. Y tu jardín no era un nuevo edén, sino un dantesco cementerio. Acabas de demostrármelo, ¿lo oyes?

FLORA.- (**Ríe. Comienza a romper de nuevo todos los dibujos.**) ¿Quieres decir que estoy loca? ¿Es eso? ¡Pues sí, estoy absolutamente loca! (**Ríe.**) Pero eso no demuestra nada. Si sabías que estaba loca desde el principio, ¿para qué has montado toda esta comedia? ¡Qué bien! Os habéis divertido, ¿verdad? Imagino que, después de todo, el experimento que habéis hecho conmigo, al menos, te valdrá para que te den una medalla en París. ¡Contéstame! ¿Por qué lo has hecho, entonces? ¿Por qué?

NARCISSE.- ¡Porque amo la vida!

FLORA.- (**Se detiene. Tose.**) ¿La mía?

NARCISSE.- (**Desesperada, gime.**) ¡También la tuya!

FLORA.- Entonces, ¿con qué derecho levantas tu mano contra mí? ¿Qué autoridad tienes para decidir si yo estoy loca o no? ¡Vamos!

NARCISSE.- Para mí la muerte de esas niñas son sólo los síntomas de tu enfermedad. El asesinato es algo demencial y, por eso, tengo autoridad para decirte que estás enferma, que en tu mente hay un gran error que pone en peligro la vida de los demás.

FLORA.- ¡Muy bien! ¡Sigue! ¡Insúltame! (**Tirando provocativamente los trozos de los dibujos.**) ¡Dime todo lo que quieras, vamos!

NARCISSE.- ¿Qué haces? ¡No, no! ¡Basta ya!

FLORA.- (**Fuera de sí.**) ¡Venga, maldita sea! ¡Destruyeme de una vez! ¡Da la cara por tu humanidad! (**Se acerca a ella provocativa, cínica.**)

NARCISSE.- (Sin control, se dirige hacia ella y al tratar de arrebatarle los dibujos, la golpea inconscientemente sobre el pecho.) ¡Cállate! ¡Es tu locura o la nuestra, tu muerte o la nuestra! (FLORA da un grito y cae al suelo, protegiéndose el pecho. Se retuerce de dolor. NARCISSE se desploma también por el suelo, llorando.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Basta ya!... basta ya... (Se arrastra, asustada, hacia FLORA, que se contrae todavía tendida.) ¡Flora! ¡Lo siento! ¡Lo siento! (Impotente. La ayuda a incorporarse.) ¿Te duele? ¡Perdóname! (Desesperada.) ¡Celadora!

(FLORA le hace una señal para que se calle.)

FLORA.- (Con voz entrecortada, baja.) ¡Calla! No... no llames a nadie. Ya estoy mejor... ya se me pasa...

NARCISSE.- Te juro que no quería hacerte daño, de veras... Te he dado en el pecho, ¿verdad?

FLORA.- Ya está, ya está... ya me duele menos. Ayúdame a levantarme. (NARCISSE, no sin trabajo y dolor, lo hace; FLORA se sienta en una silla.) Gracias, gracias... ya está bien, gracias...

NARCISSE.- (Preocupada.) ¿Estás bien? ¿De verdad? ¿Quieres que avise a la enfermería?

FLORA.- (Respirando con dificultad.) ¡No... ! no, ya se me pasará; no lo hagas... (Pausa.)

NARCISSE.- ¡Oh, Dios mío! No me he dado cuenta, Flora. Te lo prometo.

FLORA.- Lo sé, lo sé... Lo mismo le ocurrió a mi pobre «Jazmín»; y ya ves, no le guardo rencor. Además, yo tengo la culpa. Era exactamente lo que quería que hicieras.

NARCISSE.- Pero, ¿por qué? No te entiendo.

FLORA.- El combate ha terminado, Narcisse.

NARCISSE.- ¿Qué?

FLORA.- (Tose. Se duele en el pecho.) ¿No lo entiendes? Parecemos tan distintas y, ya ves, ambas hemos hecho lo que creíamos que teníamos que hacer. (Le coge las manos. Tose.) Son los demás los que se equivocan, no nosotras.

NARCISSE.- ¡No digas eso!

FLORA.- ¡Prométeme un par de cosas! ¡Por favor, Narcisse!

NARCISSE.- ¿Prometerte? ¡No puedo prometerte nada!

FLORA.- Sí, desde luego que puedes hacerlo. **(Tose con más fuerza.)** ¿Cómo podría explicarte que no estoy loca? **(Pausa.)** Déjame morir, no permitas que me internen en un manicomio. No cometas ese gran error. Voy a morir de todas formas.

NARCISSE.- ¡No puedo hacer eso! ¡No puedes pedírmelo!

FLORA.- Sí que puedo, me lo debes. **(Tose.)** Aún hay otra cosa...

NARCISSE.- ¡Basta ya, Flora! No hables... ¡te estás haciendo daño!

FLORA.- ¡«Jazmín»! Mi perrito... prométeme que, cuando todo esto haya acabado, cuando yo ya esté muerta, irás a mi casa y te lo llevarás lejos de allí...

NARCISSE.- No, no lo haré. Tú vivirás para cuidarlo.

FLORA.- **(Ríe, a pesar del dolor.)** Sabes que no... ¡Prométemelo, Narcisse! ¡No tengo a nadie más a quien pedírselo!

NARCISSE.- Por el amor de Dios, Flora. ¿Por qué me haces esto?

FLORA.- No lo hagas por mí, hazlo por todas las flores que aún no han nacido. Hazlo por él, por «Jazmín»... **(Comienza a toser con más fuerza.)**

NARCISSE.- **(Muy nerviosa.)** ¡Todo esto es una locura!

FLORA.- **(Tose con violencia.)** ¡Por supuesto que lo es! Por eso debes hacerlo... ¡Prométemelo, te lo suplico!

NARCISSE.- **(Sin otra alternativa.)** Sí, sí... te lo prometo. **(FLORA siente un gran dolor y se abraza a ella con fuerza, llorando.)** ¡Flora! ¡Por Dios, Flora! ¡Celadora! ¡Celadora!

(Se abre la puerta del fondo y, casi en el mismo instante, se produce el oscuro.)

FIN DE LA ESCENA VI

Escena VII

«*Hyacinthus orientalis*»

La luz ilumina solamente a FLORA, que está sentada justo en un lateral de la escena. Puede oírse alguna música que haga hincapié en su tremenda soledad. La reclusa se nos aparece ausente, fija la mirada en algún punto indeterminado. De vez en cuando, puede susurrar o casi cantar la misma canción que se ha venido utilizando durante toda la obra.

Escena VIII

«*Lilium candidum*»

FLORA continúa inmóvil, susurrando todavía la misma canción. La puerta del fondo se abre y la presa se vuelve hacia ella, sin levantarse. Entra en escena NARCISSE, con un elegante vestido de colores claros. Tímida, como el primer día, y sin papeles ni carpeta, sólo con su bolso y unas florecillas silvestres en su mano. Por un momento, ambas mujeres se quedan mirándose, en esta ocasión, como si se conocieran desde siempre. NARCISSE permanece en pie, frente a FLORA.

NARCISSE.- Hola.

FLORA.- (Tranquila, dulce.) Hola. ¿Cómo estás?

NARCISSE.- (Hace un gesto para quitarse importancia, sonrío.) ¿Cómo estás tú?

FLORA.- (Sonriendo.) Al parecer, dice el médico que como la mala hierba. Aunque todas las hierbas, malas o no, acaban muriendo; lo sé por experiencia. (Da un profundo suspiro, sin dejar de sonreír.) Supongo que todavía no ha llegado mi momento.

NARCISSE.- (Tras una larga pausa.) Nos han permitido vernos sólo unos minutos. Tus amigos de San Sebastián están ahí afuera, esperando a que yo salga. Los pobres llevan ya más de tres días en Madrid...

FLORA.- Sí. Luego los veré. Es preciso que alguien se ocupe de todo, allá en mi casa. Les he escrito algunas cosas y varias instrucciones para los pocos bienes que me quedan. Voy a donar la biblioteca de Elías a la universidad; y el laboratorio se irá a una institución de Brasil, unos buenos amigos de mi marido que están investigando la fauna y flora del Amazonas... ¿qué te parece?

NARCISSE.- (Mordiéndose los labios.) Maravilloso. **(Sonríe.)** Quizás, durante todos estos días, te haya dado la impresión de que no me interesaban los problemas que pueda sufrir la naturaleza a causa del hombre. Por supuesto que eso a mí también me preocupa, aunque quizás has llegado a pensar lo contrario. Espero no defraudarte ahora por haber arrancado estas florecillas silvestres del Parque del Retiro. **(Se las da.)** Las cogí para ti hace tan sólo un par de horas.

FLORA.- (Emocionada, las huele.) Gracias, Narcisse. **(Le coge la mano.)** No me has defraudado, al contrario. He aprendido, a través de ti, muchas cosas nuevas y buenas. Me has enseñado a respetar tu trabajo, aunque no esté muy de acuerdo con él.

NARCISSE.- Yo también he aprendido mucho de ti. **(Enciende un cigarrillo.)** Tengo que reconocer que me has dejado absolutamente desconcertada.

FLORA.- Esto no tiene ningún misterio, Narcisse. La ciencia es, en ocasiones, como una trampa que nos abandona en la más temible oscuridad cuando, precisamente, lo que buscábamos era la luz. **(Se levanta y se dirige hacia ella.)** Lo que tú acabas de descubrir es la luz, y es a partir de ahora cuando debes seguir adelante con más entusiasmo que nunca. **(Ríe.)** No tengo la menor duda de que eres la mejor psiquiatra de toda Francia. Dentro de no mucho tiempo, lo serás de toda Europa; y a lo verás.

NARCISSE.- (Rompe a llorar, desecha.) ¡No sigas! Te lo suplico.

FLORA.- (La observa en silencio.) Todos somos débiles, Narcisse, y no hay razón para ocultarlo. **(Pausa.)** Siéntate, quiero leerte algo. **(NARCISSE lo hace. FLORA extrae de su bolsillo unas gafas, que se coloca, y un pequeño papel doblado.)** He escrito un pequeño poema

para ti. En la enfermería me dejaron papel y pluma, y aproveché un poco el tiempo. Escucha: «¡Ay, de esas flores de mayo!/ Cuando se aleja el viento frío/ nacen de entre espinas,/ dejando sobre los restos del tiempo/ un olor desprendido./ De tanto amor sembré, de tanta lágrima,/ una semilla en invierno,/ pálida y azul como el agonizante Narciso,/ y amarilla, como cuando vivía/ el más bello de todos los hombres./ Pero no creció ni germinó en tallo,/ ni buscó, alzándose, la altura de un dios./ Más bien muere, invirtiéndose,/ buscando una luz interior,/ adentrándose, como una lanza,/ en las entrañas de la tierra./ Por ella descenderé, a través de todo,/ para encontrarla y quedarme a oscuras,/ ya que, después de tanta flor erguida,/ es esta la mía, la que más amo,/ la flor que germina mi nueva vida».

(Largo silencio, las dos mujeres se miran sin decir nada. FLORA le regala el papel.)

NARCISSE.- Sabía que dentro de tu alma se escondía una absoluta belleza. **(Pausa.)** No eres un ser mediocre, Flora, eres una gran artista. Esa genialidad es tu única locura, y es así como lo he expresado en mi informe.

FLORA.- **(Desconcertada.)** ¿Qué?

NARCISSE.- Hace tres días que entregué mi diagnóstico al resto del equipo médico; y todos, por absoluta mayoría, han estado de acuerdo. **(Pausa.)** Según tu perfil psíquico, no hay lugar para la paranoia. Tus razonamientos son perfectamente lógicos, tu nivel de inteligencia, superior a lo habitual, incluso en los casos más extremos. No hay síntomas de anormalidad en tu comportamiento, todo está razonado. Tus reflexiones y respuestas no son las propias de una esquizofrénica, ni de una idiota, ni tampoco de una demente... Quizás sí de un genio. Si nos atenemos a las leyes, a los principios básicos de esta ciencia, he de reconocer que aún no se ha descubierto el nombre de tu enfermedad o de esa supuesta anomalía. **(FLORA baja la cabeza. NARCISSE vuelve a encender un cigarrillo.)** No padeces trastornos en el lenguaje; tu cerebro está intacto, no existen daños psicomotores y, en tu organismo, salvo lo del pecho, no hay nada que no sea lo propio de tu edad. No puedo hallar, sin embargo, el motivo final; el arrebató que te llevó a cometer esos crímenes, pero físicamente -¿Qué quieres que te diga?- no estás loca, amiga Flora. No podemos demostrar tu locura. Hemos redactado un informe paralelo al propiamente médico, en el que intentamos dar una explicación, más o menos ordenada y coherente, sobre la

muerte de las niñas. Estamos perplejos y, suponemos, que también lo estará el tribunal que lleva tu caso. **(Pausa.)** El final de nuestro informe sostiene, rubricado por todos los médicos que formamos el equipo, que se precisa una investigación más profunda y específica bajo tratamiento especial, en un hospital adecuado. Supongo que no servirá de nada. El tribunal lleva reunido más de dos días, y él es el que tiene ya la última palabra. **(Solloza.)** Como médico, ya no puedo hacer más. **(Pausa.)** Como amiga, casi ni me atrevo a decirte que lo siento...

FLORA.- (Cómplice.) Como amiga ya has hecho bastante, ¿no crees?

NARCISSE.- (Derrumbándose sobre la silla.) ¡Oh, Dios mío! ¡Flora!

FLORA.- (Sincera.) Tu dictamen me envía directamente a la muerte, que es lo que más deseo. ¿Lo ves? Y lo haces por amor. Eso es lo más hermoso que han hecho nunca por mí.

NARCISSE.- No me subestimes.

FLORA.- No lo he hecho nunca. **(Pausa.)** ¿Recuerdas lo que me prometiste?

NARCISSE.- Sí.

FLORA.- ¿Lo harás?

NARCISSE.- (Tarda en responder.) Sí.

FLORA.- Está bien. Ahora márchate, por favor. **(Contiene el llanto.)**

NARCISSE.- Ten confianza. Si hay un Dios, nos volveremos a encontrar.

FLORA.- Desde luego, pero no aquí. **(Pausa. Llor.)** ¡Vamos, márchate!

NARCISSE.- (Descompuesta, recoge sus cosas. FLORA le ofrece la pitillera.) Quédatela, es un regalo. Ya no voy a fumar más. **(Se sitúa frente a ella y se dan la mano.)** Adiós, Flora.

FLORA.- Adiós, Narcisse. **(Se miran unos instantes, luego, NARCISSE inicia su camino hacia la puerta.)** ¡Narcisse!

NARCISSE.- (Volviéndose, con lágrimas en los ojos.) ¿Qué?

FLORA.- ¿Sabes qué significa mi nombre? **(Las dos mujeres se miran. Vuelven a golpear la puerta con impaciencia.)** ¿Lo sabes?

NARCISSE.- Sí. Es el nombre de una diosa antigua. El nombre de una divinidad eternamente joven, que hacía, con su fuerza, florecer los árboles y los jardines. **(Lo dice por el ramo que FLORA tiene.)** Siempre solía ir con unas flores en sus manos. **(Llora. FLORA también, mientras le abre los brazos. Ambas mujeres se abrazan y, finalmente, se besan delicadamente en los labios. Después de unos brevísimos instantes, NARCISSE abre la puerta y se marcha. FLORA se queda aún un largo momento en pie, de espaldas al público. Luego, enciende un cigarrillo y se dirige hacia la ventana, donde comenzará a hablar, mientras coloca el ramillete en el florero, con una delicadeza casi maternal.)**

FLORA.- (Alegre.) Celeste Flora. Sí, ese es mi nombre: Flora... Flora... Rosita, Hibiscus Rosa-Sinensis; Violeta, Viola Odorata; Margarita, Leucanthemum Vulgare; Jazmín, Jasminum Officinale; Jacinta, Hyacinthus Orientalis; Azucena, Lilium Candidum; Narcisse... **(Se queda en silencio un instante, luego, sonriente, vuelve a acariciar las flores.)**.. Narcisse... «en lugar de su cuerpo encuentran/ una flor amarilla con pétalos blancos rodeando su centro»...

(Casi antes de que termine de decir su última palabra, suena el principio de una carta de NARCISSE a su esposo André que es la misma que se oye en la primera escena. El oscuro comienza a aparecer sobre el escenario. Antes de que la oscuridad sea absoluta, la puerta metálica del fondo se abre y entra una poderosa luz blanca. FLORA comienza a cantar la canción de juegos de las niñas. Se oyen las primeras frases de la carta de NARCISSE y el oscuro se hace definitivo.)

FIN DE LA ESCENA VIII

Escena IX

...«Narcissus»

En la oscuridad, aún puede oírse la canción de FLORA mezclada con la voz de NARCISSE. Cuando se haga la luz, será en el mismo momento y recreación dramática que la primera escena. Ambos momentos de la obra deben ser interpretados de forma idéntica. NARCISSE lleva el mismo vestido, los objetos están depositados en la misma posición y, sobre el florero del despacho, descansan las mismas flores de la escena anterior. La pequeña lamparilla se encenderá sobre el despacho, como en la escena del principio, y esa será la única iluminación. Debe procurarse que entre esta escena y la inmediatamente anterior, no haya ninguna interrupción sonora, sólo de luz, pues debe entenderse que volvemos al tiempo presente del principio de la obra.

NARCISSE.- (Acabando una conversación telefónica. Cuelga el teléfono, con cierto temblor, sin brusquedad. Apaga el cigarrillo y enciende inmediatamente otro. Su mirada está perdida, ausente. Extrae de su bolso una pequeña petaca de coñac y bebe con decisión. Observa la petaca con cariño, como si le evocara algún hermoso recuerdo del pasado. Luego, con una forzada frialdad, comienza a escribir de nuevo y a leer la carta. Se coloca otra vez sus lentes.) En este justo instante acaba de llamar el doctor Castell. Ya ha ocurrido, ya todo está consumado. Se han dado prisa. Hemos vencido. El tribunal se reunió anoche, y esta mañana, muy temprano, se ha cumplido la sentencia. **(Se seca con los dedos unas lágrimas que se deslizan bajo sus lentes, aunque su rostro no parece cambiar de expresión.)** Creo que durante todo mi trabajo he intentado usar la razón, y creo que a ella he tratado de remitirme siempre. Pero ahora ignoro qué es lo que va a ser de mí. Hemos triunfado, André. **(El llanto acaba por apoderarse de ella. Lee y escribe impulsivamente, como si dentro de su mente se estuviera librando un combate atroz.)** No ha habido concesiones. La razón ha superado al sentimiento, igualándosele, creando una nueva vida, más plena. **(Sonríe, con un gesto agrio.)** Todas las revistas de Europa hablarán de nosotros, pero creo que, después de todo lo que he vivido, eso ya apenas me interesa. **(Vuelve a beber de su petaca, eso parece que la sosiega levemente.)** ¿Sabes?, hoy he aprendido algo nuevo sobre mí, sobre el género y la especie a la que pertenezco. Soy una mujer distinta, recién nacida de una extraña metamorfosis. Parece como si de mi vientre, de donde se origina la vida, hubiera crecido una nueva flor, quizás la flor que lleva mi nombre. **(Se detiene y mira**

durante un instante a su alrededor. Acaricia las flores que adornan su despacho. Espontáneamente, corta una de ellas y la retiene en su mano, mientras la huele. Luego vuelve a la carta.) La muerte, como experiencia límite, es una de las escasas vivencias que nos provoca un cambio en el pensamiento. Creo firmemente que es en esas experiencias límites, en el silencio definitivo de la muerte o del amor, cuando surge una nueva realidad, un nuevo verbo, una vida nueva. Estoy segura, André. No tenemos ningún mérito. La gran triunfadora de todo esto ha sido la vida. **(Pausa.)** En Madrid, año de 1934. Tu frágil amante, Narcisse.

(NARCISSE pliega con lentitud el papel escrito, lo introduce en un sobre junto a la flor cortada que tenía en su mano. Comienzan a oírse, lejanas, las voces de unas niñas cantando. NARCISSE se queda durante un instante pensando, ensimismada en su propio recuerdo. Bebe, hasta apurar, el contenido de la petaca y la vuelca para comprobar si está vacía. Luego, la guarda en el bolso, del que extrae, además de un nuevo cigarrillo, el papel plegado que le dio FLORA y una pequeña agenda. Lee el poema, mientras en su cara se esboza una incipiente sonrisa. Al terminar, con decisión, abre la agenda y marca un número de teléfono.)

Quisiera hablar con el gerente del hotel, por favor. Sí, de la habitación 203. **(Pausa.)** ¿Señor De la Torre? Sí, soy Narcisse Chérel. **(Pausa.)** Bien, gracias. Le llamo para decirle que me marchó. Sí, esta misma tarde, si me es posible. **(Pausa.)** Desde luego, ha estado todo muy correcto. **(Pausa.)** ¡Ah!, ¿Pueden ustedes desde ahí anular mi reserva para el ferrocarril a París? Cuánto se lo agradezco. Y si fuera tan amable, extiéndame un billete con un nuevo destino. **(Pausa.)** San Sebastián. **(Sonríe. Pausa.)** A mi nombre, sí, gracias. Anótelos todo en mi cuenta. **(Pausa.)** No, no viajo sola, me marchó con la familia de una buena amiga mía. Descuide. Ha sido usted muy amable. Adiós. **(Cuelga el teléfono despacio. Se reclina sobre la silla y apaga con violencia el cigarrillo.)** Definitivamente, ¡este ha de ser mi último cigarrillo! **(Recoge todas sus cosas, y mientras se incorpora para marcharse, recoge el ramillete de flores, mira por última vez a su alrededor y apaga la luz, provocando lo que debe ser el Oscuro Final de esta obra.)**

*«Rosa del Mar», El Puerto de Santa María,
Otoño de 1992*

FIN